

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**LA HISTORIA REAL DE UNA NIÑA Y SU ÁNGEL DE LA GUARDA
SAN MILLÁN 2025**

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

El nuevo amigo.
Después de comulgar.
Los melocotones.
El vaso roto.
La modestia.
El ramo de rosas blancas.
Primera confesión.
Primera comunión.
Mi amigo Cipriano.
Bautismo de Cipriano.
La caja de bombones.
Las capaduriñas.
La muñeca.
La caja de estampas.
En el Tiovivo.
El circo.
El broche perdido.
El golfillo.
Mi cochecito.
Madrina.
Censura angélica.
El carrito.
Sacrificios.
Esposa de Jesús.
Hija de María.
El picnic del colegio.
Mi estuche nuevo.
Los patines.
El cine.
La mendiga.
La batalla de queroseno.
La fiesta del Espíritu Santo.
El hombre de negro.
Los estudios.
El engaño.
Carnaval de 1916.
Un libro malo.
Fuego en la noche.
Un visitante borracho.

Supuesta belleza.
Superando las burlas.
Tiempo de prueba.
Vida religiosa.
Desposorio místico.
Misión cumplida.
El ángel Miguel.
Otros casos.
APÉNDICE.
El padre Reus y los ángeles.

CONCLUSIÓN

INTRODUCCIÓN

La religiosa María Antonia, en el mundo Cecy Cony, nació el 4 de abril de 1900 en Santa Vitoria do Palmar, en Brasil. Desde que tenía 5 años sintió a su lado de modo claro y fuerte la presencia de su ángel custodio, a quien llamaba mi nuevo amigo. Su director espiritual, el místico sacerdote jesuita Juan Bautista Reus, le mandó escribir su Autobiografía. Ella la escribió hasta sus 21 años. No la terminó, pero todo lo que cuenta sobre su ángel es tan interesante que se han hecho muchas ediciones de ese libro. La primera edición salió a la luz en 1949. La segunda edición salió en 1950 y fue preparada por el padre Reus, su confesor y director espiritual. Murió antes de acabar su Autobiografía con 39 años.

Con 26 años entró de religiosa en la Congregación de las hermanas franciscanas de la penitencia y de la caridad cristiana. Desde su primera comunión, nos dice que sentía a Jesús muchas veces sensiblemente a su lado al igual que a su ángel. Tuvo dones místicos especiales y llegó hasta el grado de los desposorios místicos. Antes de su muerte pasó por la noche del espíritu, como enseña san Juan de la Cruz. Desde 1935 dejó de sentir la presencia de su ángel y de Jesús. El Señor la preparó para las bodas eternas, pasando por muchos sufrimientos de enfermedades y de otras clases.

Es hermoso todo lo que nos cuenta sobre su ángel custodio y cómo oía su voz en su interior en lo que suele llamarse locuciones. Estas voces en el corazón son más claras y poderosas que las que oímos con nuestros oídos corporales. Igualmente sentía sensiblemente la presencia de su ángel que con frecuencia le llamaba la atención para corregirse o para prevenirla de algún peligro y sentía que le tocaba su hombro o su cabeza con dulzura. No lo veía con sus ojos corporales, pero lo veía con toda claridad en su interior, que era una visión interior tan clara que no podía dudar de su realidad. Y así conocía si su ángel estaba triste, por algo que había hecho o por alguna desobediencia, pero también cuando estaba alegre por sus buenas acciones.

Podemos decir sin temor que su vida hasta los 35 años se desarrolló con toda normalidad, viviendo a todas horas con la presencia constante de Jesús y de su ángel.

Nota.- Las anotaciones de este libro están tomadas del escrito de la hermana religiosa María Antonia en el siglo Cecy Cony. Su libro se titula *En alas de mi ángel*, Ed. Didacbook, 2023.

EL NUEVO AMIGO

María Antonia llamaba a su ángel custodio *Mi nuevo amigo*. En casa del capitán Becerra había visto un cuadro que mostraba un ángel de la guarda, cuidando y protegiendo a dos niños pequeños. Fue el año 1905, cuando tenía 5 años, la primera vez que lo vio. Estaban celebrando en la ciudad los carnavales y refiere: Mamá nos disfrazaba y acompañados por Acacia y Conçeição, mis hermanas y yo íbamos a la plaza del pueblo con otros niños. Me daban miedo los que se disfrazaban con máscaras horribles.

Pienso que este era el primer año que acompañaba a mis hermanas. Todo el caos y el ruido de la plaza me asustaban. Las multitud de enmascarados, grandes y pequeños, saltando de un lado para otro y golpeando el suelo con esos grandes globos atados al final de un palo... todo esto me llenaba de tal terror que habría muerto si el buen Dios no hubiese venido en mi ayuda. Estaba con los otros niños, que parecían divertirse; y Acacia y Conçeição, que charlaban con los otros criados, no me estaban prestando atención.

De esta manera, aterrorizada y sin nadie que me consolara, se me ocurrió salir de ahí y volver a casa. No sabía cómo, pero decidí salir por el portón grande. Eso era todo lo que sabía. No pensaba en nada más. Dejé el grupo de los niños e inmediatamente fui engullida por aquella pequeña plaza, que para mí era como un mundo sin límites. No lloraba. El terror había congelado mis lágrimas.

En mi angustia, me acordé del buen Jesús, al que había dejado solo, y sentí una gran pena por no habérmelo traído conmigo. Pero sabía que mi Padre del cielo lo conoce todo, y estaba segura de que me estaba viendo allí sola. Justo entonces, un hombretón que llevaba una máscara horrible y con unos ojos centelleantes que todavía veo en mi imaginación, se aproximó y me cogió de la mano. En ese momento podría haber muerto de miedo.

Había dado algunos pasos, aprisionada por su inmensa mano, cuando sentí, a mi lado, aun sin ver nada —sabía que estaba ahí tan ciertamente como que el hombretón enmascarado estaba al otro lado—, al ángel que había visto en el cuadro de la casa del capitán Bezerra. Mi Padre del cielo había enviado este ángel para acompañarme y llevarme a casa. Era consciente de su presencia sin verlo, aunque era como si lo hubiese visto. Tenía la absoluta certeza de que estaba a mi lado, en el lado opuesto al hombre enmascarado. Entonces aquel hombre me soltó con un empujón y no le vi nunca más. Desapareció entre la multitud.

Mi terror se desvaneció y mi alma quedó llena de una dulce tranquilidad, que provenía de la confianza que sentía en mi "nuevo Amigo". Ya divisaba la puerta de salida de la plaza cuando vi a Acacia corriendo hacia mí.

Desde aquel día de febrero o marzo de 1905, mi "nuevo Amigo" me acompañaba siempre y a todas partes. Hacía guardia conmigo delante de la gran cómoda cuando velábamos a Cristo crucificado. Desde aquel momento dejé de tener miedo a la penumbra de aquella habitación, porque sentía la presencia protectora y dulce de mi "nuevo Amigo". Este es el nombre que le di, y así le llamaba hasta los seis años, cuando supe que él era mi santo ángel de la guarda. Le entendía perfectamente cuando me hablaba, aunque nunca oyera con los oídos su santa voz¹.

DESEOS DE COMULGAR

Hacia el final de 1905 o mediados de 1906 mi padre, que era militar, fue trasladado a la guarnición de Jaguarao. Poco después de nuestra llegada, nos incorporamos al colegio de la Inmaculada Concepción, dirigido por unas religiosas... En la pared de la clase había una imagen de Cristo crucificado, colgado de una gran cruz. Y también para gran alegría mía, vi en la pared un gran cuadro de mi nuevo amigo, un cuadro justo igual al que había visto en la casa del capitán Becerra... En poco tiempo aprendí a hacer la señal de la cruz, a rezar el padrenuestro, el avemaría, el credo y una preciosa oración a mi nuevo amigo (el ángel). Fue ahí donde aprendí que mi nuevo amigo era mi santo ángel de la guarda.

Después de algunos meses ya sabía leer sola. Un día la hermana Irene vino a nuestra clase y dijo: *Quien no haya hecho la primera comunión que levante la mano.* Yo también levanté la mano. La Madre Rafaela cogió mi mano y sin soltarla habló con la hermana Irene. Entonces, mirándome, la Madre Rafaela dijo: *Cecy, tú eres muy pequeña todavía. Tienes que esperar hasta el año que viene.* Tu papá no te dejaría. De todas maneras puedes ir con la hermana Irene y las otras niñas. Me daba permiso para asistir a la preparación para la primera comunión... Empecé a asistir a las clases de preparación. Cada día al levantarme le decía al ángel: *Mi nuevo amigo, santo ángel de mi guarda, protégeme en este día y no permitas que disguste al buen Dios. Amen.*

La hermana Irene nos dijo: *Cada pecado que comete una persona es una gran espina que clava en la sagrada cabeza del buen Jesús.* Estas palabras se grabaron profundamente en mi alma y suscitaron en mí un auténtico horror al

¹ Ib. pp. 21-23.

pecado. Cuántas veces estaba a punto de clavar una gran espina en la sagrada cabeza de nuestro divino Señor e invariablemente mi nuevo amigo me advertía a tiempo de lo que iba a hacer. De ahí surgía la consoladora y segura confianza que siempre tenía con él ².

LOS MELOCOTONES

Un día fui con mis hermanas y otros niños a dar un paseo por el campo. Fuimos a una granja que nos recomendó Abelino, el buen soldado que mi padre había traído consigo desde Santa Vitoria. Cuando llegamos al huerto, algunos niños empezaron a recoger grandes melocotones y ciruelas, colocándolos en sus cestas. Sus cestitas estaban casi llenas y solo la mía estaba vacía. Y justo en ese momento, yo estaba al pie de un melocotonero. Alargué la mano para coger un melocotón y, cuando mis dedos ya tocaban un gran melocotón, recibí la dulce y suavísima advertencia de mi nuevo amigo. Mi brazo suspendido en el aire fue movido hacia abajo por una mano invisible que sentí tan realmente como si cualquiera de las personas que podía verme me hubiese tocado. Comprendí lo que me decía mi nuevo amigo. Me arrepentí inmediatamente y tuve una gran pena, porque pensaba en la gran espina que casi había clavado en la sagrada cabeza de Jesús. Esa noche lloré amargamente después de haber pedido perdón al buen Jesús, a nuestra Señora y a mi nuevo amigo ³.

EL VASO ROTO

Por las tardes acostumbraba a ir a comprar leche con Acacia y los niños del vecindario. Yo tenía un vaso muy bonito, decorado con un ala dorada y lleno de estrellas. A una de mis compañeras le gustaba mucho mi vaso y me dijo: *Dame tu vaso y yo te dije beber con el mío*. Pero Acacia lo oyó y dijo: *No, señora, cada una bebe con su propio vaso*. Continuamos andando y de repente mi compañera tiró violentamente de mi servilleta, haciendo que el vaso se cayera y se rompiera en pedazos. Después corrió hasta Acacia y le dijo: *Acacia, Cecy se ha enfadado tanto porque no le ha dejado que nos cambiáramos los vasos que ha tirado el suyo al suelo y lo ha roto a propósito*. Acacia se enfadó muchísimo conmigo. Yo me enfadé con mi compañera y me entraron ganas de vengarme y estaba a punto de abalanzarme sobre ella para hacerle lo mismo y romperle su vaso, cuando mi nuevo amigo intervino, sujetándome del mismo modo que hizo cuando me impidió robar la fruta y le oí claramente: *Tu pobre amiga ha cometido*

² Ib. pp. 27-30.

³ Ib. pp. 30-31.

dos maldades: romper el vaso y haber mentido a Acacia. Así fue como mi nuevo amigo me impidió caer en la bajeza y fealdad de la venganza ⁴.

LA MODESTIA

Con diez u once años yo me vestía sola. A veces tomaba una posición inconveniente o mi vestido no estaba bien caído. En esas ocasiones, sentía de inmediato y vivamente la santa presencia de mi ángel, sin verle, pero sentía tan fuertemente su reproche por lo impropio de la postura que, avergonzada, cerraba los ojos como si así pudiera evitar ver su santo rostro, mirándome con severidad. Esta escena se repitió en innumerables ocasiones, unas veces estando sola, otras cuando estaba en medio de las fiestas más interesantes... En una ocasión estaba decidida a montar a caballo. Un teniente me trajo un hermoso poni. Estaba contentísima. Me puso a horcajadas como si fuese un chico y en el momento en que tiré de las riendas, sentí la advertencia de mi nuevo amigo tan claramente como oía y sentía al teniente. Mi nuevo amigo no quiso que fuera más lejos. Noté que su santo brazo me bajaba suavemente del poni, igual que antes sintiera al teniente subiéndome a él ⁵.

EL RAMO DE ROSAS BLANCAS

Se acercaba el día de la primera comunión y todavía no tenía permiso para hacerla. Cuando me despertaba por la noche, mi nuevo amigo estaba a mi lado. Después de llorar (por querer hacer la primera comunión) le pedía (al ángel) que intercediera ante la buena Madre Rafaela, pues ella seguro que haría lo que él, el santo ángel, le pidiera. Una noche me desperté y pensé: He olvidado de pedírselo a la santa Madre de Jesús, nuestra Señora. Ella ordenará a la Madre Rafaela para que me deje hacer mi primera comunión.

Nada más levantarme, salté de la cama y me puse al pie de la cómoda. Todavía puedo recordar la oración que dije: *Querida y buena nuestra Señora, tengo tantas ganas de recibir a tu Hijo Jesús en mi corazón..., pero la Madre Rafaela no quiere darme permiso, porque soy demasiado pequeña. Señora, por favor, hágame crecer un poco hoy y haga que la Madre Rafaela lo note. Tengo en mi hucha ocho cruzeiros que he ahorrado para comprar el bebé negrito que venden en la tienda. Ya no voy a comprar el bebé. El dinero lo gastaré en la floristería en un gran ramo de rosas blancas para decorar tu altar en la iglesia, si la Madre Rafaela me da permiso. Amén.*

⁴ Ib. pp. 31-33.

⁵ Ib. pp. 32-34

Al día siguiente, decidí pedirle permiso de nuevo a la Madre Rafaela para hacer la primera comunión. Me acerqué y, antes de que pudiera decir una palabra, la Madre Rafaela dijo: *Cecy, ya sé lo que quieres. Muy bien, si papá te da permiso, la Madre también te lo da.* Sabía que mi papá haría lo que yo quisiera. Y si papá me daba permiso, mamá haría lo mismo. Y así fue.

PRIMERA CONFESIÓN

Los días de preparación pasaban y vino el día de la primera confesión. La hermana Irene nos había llevado a una clase vacía. Allí nos dio papel y lápiz y nos dijo que escribiéramos nuestros pecados con ayuda del catecismo... Cuando acabamos, la hermana Irene nos dio a cada una un sobre, dobló cada lista de pecados y las metió en los sobres, que cerró. Después escribimos nuestro nombre en nuestro sobre y la hermana Irene los guardó todos para el día de nuestra primera confesión al día siguiente.

Llegó el gran momento de la confesión. No fui la primera. Sin embargo, mi nuevo amigo estaba allí conmigo y sabía que entraría conmigo en el confesonario. Repetí muchas veces el acto de contrición. Cuando llegó mi turno, tenía en mi mano la gran lista de pecados, de grandes espinas que lastimaban la sagrada cabeza de Jesús. Entré en el confesonario con mi corazón latiendo sin parar. Empecé a leer mis pecados, pero de repente el sacerdote me paró y me pidió el papel. Se lo di y lo guardó. Acabé la confesión sin la ayuda del papel. Sabía que había hecho una confesión excelente, pues sentía una felicidad grandísima como nunca antes hubiera sentido.

Al llegar a casa por la tarde, no me fui a jugar a la calle como era mi costumbre y ni siquiera quise ir a la vaquería. Tenía miedo de que, si salía, pudiera manchar mi alma de algún modo ⁶.

PRIMERA COMUNIÓN

Se acercaba el día de la primera comunión. Hicimos una segunda confesión y por fin llegó el día 17 de octubre de 1906. Tenía seis años.

Ese día de la primera comunión, al volver a casa, no solo acompañada por mi nuevo amigo, sino también llevando a mi divino huésped dentro de mí, deseé ardentísimamente encerrarme en mi pequeña habitación y allí quedarme a solas con mi Dios. Tenía tantas cosas que decirle, tantos favores que pedirle... Sentía

⁶ Ib. pp. 38-40.

vivamente en mí la presencia de mi Dios, de modo diferente a como sentía a mi nuevo amigo. Era como si yo misma fuera el buen Jesús. Jesús quería que nunca, nunca cometiese ni un solo pecado para que él, Jesús, nunca se separara de mí, ni una sola vez, ni un solo instante. Me arrodillé e hice una cruz con mis dedos índice. La besé y dije: *Oh mi buen y amado Jesús, te juro, mi Señor, que nunca jamás quiero cometer un solo pecado*. Este fue el primer y único juramento que hice en el mundo.

Este fue un día santo para mí, un día de infinita felicidad: el día en que conocí personalmente al buen Jesús, el Señor del cielo, a quien meses antes solo conocía por el gran cuadro del dormitorio de mi madre y por mi amado crucifijo de la cómoda. Aquella fue la primera vez, oh Dios mío, en que sentí real y sensiblemente dentro de mí tu santísima presencia, tu real presencia. Desde aquel día he sentido siempre, siempre, tu santísima presencia en mí, hasta el año pasado, cuando dejaste a tu pequeña sierva sumida en el más doloroso abandono, en la más dolorosa nostalgia de ti. Pero cúmplase en todo tu santísima voluntad en tu pequeña criatura. Es verdad que ya en el noviciado te escondiste de mí en ocasiones, pero pronto, pronto te encontraba ⁷.

MI AMIGO CIPRIANO

Cuando llegamos a Jaguarao desde Santa Vitoria fuimos a vivir a una casa que estaba enfrente del asilo de mendigos. En una de las habitaciones, cuya ventana daba a nuestra casa, vivía un pobre anciano paralítico, que solo podía mover la cabeza y la mano izquierda. Al pasar por la calle, podíamos verlo, ya que su cama estaba colocada junto a la ventana siempre abierta. Mamá se hizo responsable de llevarle todos los días la comida. Un día acompañé a Acacia al asilo. Acacia no me dejó entrar en la habitación. Mientras esperaba en la puerta a unos pasos de su cama, le observé atentamente. Sus largas barbas eran blancas como el algodón. Descubrí que tenía un crucifijo de metal blanco en el pecho, más grande que la palma de mi mano. Pensé: *Voy a cuidar de este pobre viejito para que su alma y su corazón se vuelvan blancos para el buen Jesús*. Aquella noche, antes de retirarme, le pedí al ángel: *Mi nuevo amigo, mañana deseo visitar al viejito enfermo y hablarle de nuestro Padre del cielo. Te pido que me acompañes. No quiero ir con Acacia, porque ella siempre lleva mucha prisa*.

Tenía dos días de vacaciones y pronto por la mañana fui a la ventana de la habitación del anciano. Ahí estaba él como siempre, con la ventana abierta. Me subí a la ventana y me senté. Él me miró y pareció sorprenderse de que le viera por la ventana. Él se puso contento. Le pedí que me enseñara su cruz y le di la primera lección. Cuando terminé, el viejito lloraba, al igual que yo. Le prometí

⁷ Ib. pp. 40-42.

volver al día siguiente. Mi nuevo amigo estuvo conmigo todo el tiempo, pero no se sentó en la ventana como lo hice yo. Nunca sentí a mi nuevo amigo sentado. Creo que siempre estaba de pie a mi lado. Al día siguiente volví. Me senté de nuevo en la ventana y le enseñé la imagen de la Madre de Jesús que llevé y le enseñé el avemaría. Muchos días, después de las cuatro de la tarde en que regresaba del colegio, iba a la ventana a enseñarle. Aprendió el avemaría, el padrenuestro, el Credo, una breve oración al ángel custodio, el Acordaos a nuestra Señora y el rosario. Cuando le intenté enseñar a rezar el rosario con un collar azul, pues no tenía rosario, mi nuevo amigo se opuso, pero cuando le traje un rosario blanco que recibí como premio de fin de año, sí me lo permitió el ángel. En varias ocasiones le dejaba el rosario a Cipriano para que lo rezara.

Cipriano estaba muy descuidado. Podría haberme contagiado con una de sus enfermedades de no haber sido por una especial protección del buen Dios. Recuerdo que en numerosas ocasiones besaba a nuestro Señor en la cruz de metal que el viejito llevaba al cuello, después de que él lo había hecho ⁸.

BAUTISMO DE CIPRIANO

Un día pensé: *La Madre Rafaela dijo en clase que quien no se bautiza, no puede entrar al cielo. Entonces, mi pobre amigo Cipriano no podrá ir al cielo, porque no está bautizado.*

Así que dije: *Puedo bautizar a Cipriano, sé cómo hacerlo, la Madre Rafaela nos lo enseñó.* Quería que el día siguiente llegara cuanto antes y así poderle dar la buena noticia de su próximo bautismo. Al regresar del colegio, le dije que para ir al cielo debía estar bautizado. El viejito se alegró tanto, tanto que de sus ojos, empañados por la edad y el sufrimiento, corrieron gruesas lágrimas. Empecé mi instrucción para prepararle. Le dije que el bautismo limpiaba todos los pecados de la gente mayor. Su alma quedaría blanca como quedó la mía el día de mi primera comunión. El viejito comenzó de nuevo a llorar. Organicé su bautismo para un domingo y le dije: *El domingo es el día del Señor, día en que voy a misa. Voy a llevar un bonito vestido para su bautismo.*

Preparé la fiesta. Los invitados seríamos mi ángel y yo. El día anterior tenía ahorrados doce cruzeiros para comprar el bebé negrito. Levanté la cabeza para ver el rostro de mi nuevo amigo el ángel y, sin verlo, lo vi y me di cuenta de que desaprobaba mi actitud de comprar el negrito. Así cambié de opinión y fui a la confitería del señor Carvalho. Y vi que mi ángel estaba contento. A la vuelta, llevando el bonito paquete con bombones, cigarros de chocolate y barras de

⁸ Ib. pp. 48-50.

chocolate, envueltas en papel de plata, me sentía muy feliz. Levanté la cabeza para ver el santo rostro de mi ángel, que no estaba triste, y le dije: *Será todo para don Cipriano. No cogeré ni uno para mí. Son para festejar el domingo el bautizo de don Cipriano.*

Cómo obsequio especial decidí regalarle una de las bonitas camisas nuevas de mi padre con el cuello y los puños almidonados y una camiseta y también un poco de colonia para que se la echara en las manos y en la cara.

Llegó el sábado, la víspera, y me subí a la ventana de Cipriano. Le di los dos paquetes con los bombones y la ropa y le expliqué: *Mañana tiene que ponerse esta bonita camisa nueva y debajo de ella esta camiseta blanca nueva. En esta botella hay agua de colonia para que se la eche en la cara y en las manos.* El pobre viejito comenzó a llorar de emoción. Le dije: *No llore, que tenemos que decir las oraciones para mañana.* Y ya no lloró más. Recé con él todas las oraciones que sabía de memoria.

Llegó el domingo, después de la misa, le pedí a Acacia que me dejara el vestido de domingo. Llevé la jarrita que mi madre me había comprado para mis viajes a la lechería, la llené de agua del pozo y fui al asilo. Coloqué la jarra en la ventana y después me subí yo. Y ahí estaba Cipriano con su ropa usada. No me había acordado de que era incapaz de vestirse solo y no tenía quien le ayudara. Miré a, mi ángel. Estaba contento, así que podría bautizar a don Cipriano. Mi nuevo amigo el ángel estaba allí a mi lado. Arrodillándome sobre la ventana, vertí todo el agua de la jarra sobre la cabeza del viejito, diciendo al mismo tiempo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.* Y añadí: *De ahora adelante se llamará José, en honor de san José.*

El día después de su bautismo, Acacia fue a llevarle el desayuno y al volver dijo: *Don Cipriano ha fallecido esta mañana.* Solo el buen Dios conoce el gran dolor que sentí. Lloré la pérdida de mi pobre amigo y durante largo tiempo le eché de menos. Mi madre no me dejó ir al asilo. No vi nada ni sé cómo se lo llevaron. La ventana estuvo cerrada muchos días hasta que otro pobre vino a ocupar la habitación. Durante bastante tiempo, recé el rosario con mis cuentas blancas por el viejito Cipriano ⁹.

⁹ Ib. pp. 51-56.

LA CAJA DE BOMBONES

Un día recibí del capitán Teixeira una pequeña caja de bombones muy bonita. Pensaba que por nada del mundo entregaría aquella bonita caja llena de grandes bombones. Pero en el momento en que más la admiraba, me asaltó un pensamiento: *Debo darle esta caja de bombones a Isaura sin probar ni uno solo, porque me ha acompañado a rezar el rosario.* Pero aparté esta idea y me vino otra: *No le voy a dar ni un bombón a Isaura, porque no quiere rezar más conmigo.* Entonces percibo que mi nuevo amigo me miraba triste y serio. Miré su rostro. Me quedé perpleja: Mi nuevo amigo quería que le diera mi caja de bombones a Isaura. Hubo un combate entre mi voluntad y mi egoísmo. Pero mi nuevo amigo, el ángel, siempre vencía y mi egoísmo fue derrotado.

Cojo la hermosa cajita y como una flecha corro a casa de Isaura y le doy la cajita. Le expliqué: *Esto es para ti, porque solo tú quisiste ayudarme a rezar el rosario.* Isaura rezó el rosario conmigo aquel día y algunos más, pero después dejó de acompañarme en el rezo. Ninguna de mis amigas quiso rezar el rosario conmigo. Yo siempre recé el santo rosario. Entré al convento y en el postulanteado conocí a otra postulante, hoy la hermana Alfonsa, que siempre que podía me acompañaba a rezar el rosario a media voz ¹⁰.

LAS RAPADURIÑAS

Una tarde de verano Acacia nos llevó de paseo al campo, íbamos las niñas del barrio. Fuimos al prado. Acacia organizó unas carreras y, quien ganaba, se llevaba dos rapaduriñas, y las demás solo una. Nilce corría en todas las carreras y siempre perdía. Yo también perdía. Nilce me dijo: *Acacia es mala. Las rapaduriñas vienen de tu casa y solo te va a dar una. Vayamos a la cesta y cojamos dos para nosotras.* A mí me pareció que Nilce tenía razón y pensé que tenía derecho a coger todos los pasteles, si me apetecía. Así que nos apartamos del grupo y fuimos a la cesta. La abrimos. Había un montón. *Dos no es nada*, le dije a Nilce, *coge cuatro para ti y cuatro para mí.* Nilce cogió las suyas y las guardó en su bolsillo. Yo me incliné para hacer lo mismo, pero en aquel momento sentí en mi hombro la dulce, tierna, mansa y amable mano de mi ángel de la guarda. Al punto me puse de pie y levanté la cabeza, tratando de ver su rostro, que me miraba con tristeza. Lo veía, no con los ojos del cuerpo, no como se ve a otras personas, pero lo veía aunque de otro modo.

Mientras tanto, Nilce me metía prisa, diciendo: *Rápido, que las otras están viniendo.* Ella empezó a comerse a toda prisa todos los pasteles que había

¹⁰ Ib. pp. 58-59.

cogido. Cuando regresó Acacia, vio la cesta abierta y yo estaba junto a la cesta. Nilce se había escabullido. Acacia me cogió enfadada la mano y me dijo: *Avariciosa, te los hubieses comido todos. Ahora las otras niñas recibirán sus pasteles y tú te vas a quedar mirando cómo comen.* Me sentía verdaderamente dolida, sinceramente arrepentida del feo pecado que había estado a punto de cometer. En mi imaginación veía la espina que casi había clavado en la cabeza de Jesús.

Volvimos al prado y Acacia repartió las rapaduriñas. Nadie supo lo que había hecho Nilce. Cuando vi que Acacia iba a darle uno de los dulces, una ola de indignación y rebeldía me invadió. Indignada y enfadada como estaba, me decidí a acusar a Nilce, porque se reía de mí con las demás. Pero en cuanto me moví, sentí una vez más la mano de mi ángel, impidiéndome ir más allá y hablar. Una vez más su rostro estaba triste. Mi arrepentimiento fue de nuevo instantáneo y empecé a llorar. Naturalmente Acacia pensó que lloraba por el castigo y me llamó junto a sí. Miré de nuevo a mi ángel y estaba contento otra vez. Corrí hacia Acacia, lanzándome en sus brazos. Me agarré a su cuello y lloré de dolor. Acacia me dio el resto de las rapaduriñas, pero no las probé. Durante unos dos años, no probé ni una miga de aquellas deliciosas rapaduriñas, que tanto me gustaban ¹¹.

LA MUÑECA

Un día gané una gran muñeca en una rifa. Era tan grande que casi no podía cargar con ella. Por eso mi madre no me dejaba jugar con ella, no fuera a romperla. La muñeca estaba siempre en el sofá de la sala de visitas y era un tesoro para mí. Abría y cerraba sus ojos azules y, si la gente tiraba de una cuerda que tenía en el costado, decía: *Papá, mamá.* Mi hermanita Adayl era muy pequeña y empezaba a andar. Un día encontró la puerta abierta de la sala de visitas y fue al sofá y tiró la muñeca hacía sí. No sé cómo no se rompió, pero poco después la vieron con la muñeca y, cuando me dijeron que Adayl había estado jugando con la muñeca, fui corriendo a verla. Estaba tirada en el sofá y, en lugar de sus preciosos ojos azules con largas pestañas, tenía dos horribles agujeros. Adayl había hundido los ojos con sus dedos.

Quedé petrificada y pensé: “La voy a traer aquí, le enseñaré la muñeca y le daré unas cuantas bofetadas”.

Al final del pasillo veo a Adayl gateando. Llorando de ira, no llego a alcanzar la puerta, pues siento la mano de mi nuevo amigo que me impide continuar. Levanto la cabeza como suelo y me doy cuenta de que su santo rostro

¹¹ Ib. pp. 63-65.

me mira con tristeza. Luego, como oyendo claramente su voz, consideré: *“Lilinha hizo una travesura sin saber, y yo quiero pegarle, porque estoy rabiosa”*. Me conmoví y lloré aún más, ahora no por la ira, sino porque una vez más había entristecido a mi nuevo amigo. Y, bien lo sabía yo, si él estaba triste, el buen Jesús también lo estaba.

¡Ah, su santo rostro ya no estaba triste! Esto me llenó de una alegría mayor, mucho mayor, que la pena que sintiera al contemplar la muñeca sin ojos¹².

LA CAJA DE ESTAMPAS

Estábamos a principios del año escolar de 1908. Estaba muy de moda entre las niñas el tener una bonita caja para guardar estampas de santos y coleccionarlas. Rivalizábamos por tener la caja más bonita y el mayor número de estampas. Para mí y para las otras cada estampa tenía un valor inestimable, y el día que las hermanas nos daban alguna, se convertía en una fiesta. De vez en cuando las niñas llevaban sus cajas de estampas al colegio y durante el recreo las enseñaban a las otras. Entonces nos cambiábamos las estampas.

Cierto día, Lucy, que se sentaba a mi lado en clase, trajo al colegio su preciosa cajita llena de estampas y nos las enseñó en clase. Durante el recreo comentábamos lo bonita que era su colección. Volvimos a clase. Durante la última hora, Lucy se fue de clase para recibir su lección de piano. Mientras estaba ausente, me di cuenta de que otra compañera metía la caja de estampas de Lucy en su bolsa. Vi esta acción de mi compañera pero, ocupada como estaba en mi tarea, no se me ocurrió hacer nada y pronto se me olvidó. Cuando acabó el colegio nos fuimos a casa.

En el recreo de la tarde había gran revuelo entre las niñas. Lucy echaba en falta su cajita y me acusaba a mí del robo. Entonces me acordé de lo que había ocurrido en clase por la mañana y me di cuenta de lo que mi compañera había hecho, robar la caja de estampas. En el patio del colegio había un gran grupo de niñas alrededor de Lucy, y yo estaba sola en el extremo contrario, humillada.

En un momento, instantáneamente surgió en mí un sentimiento de indignación y de rebeldía. En medio del grupo estaba la verdadera culpable y ella también miraba hacia mí. Por ahora la noticia del robo no había llegado a oídos de las hermanas. Llevada por mi indignación, pensé en llevar a cabo mi

¹² Ib. pp. 65-66,

acusación: “Le voy a contar a la madre Rafaela que fue X quien robó las estampas de Lucy; yo lo vi y ella les dice a todas que fui yo”. Sin embargo, ni siquiera pude dar un paso, pues sentí que mi nuevo amigo se oponía a lo que pretendía hacer. Miré hacia su santo rostro, estaba triste. No entendía por qué se oponía a mi deseo de defenderme. Solo ahora entiendo el motivo, que creo que era este: Yo quería defenderme a costa de una acusación, aunque fuera verdadera. Mi nuevo Amigo venció una vez más a mi amor propio. Al acabar el recreo, todas volvimos a clase, y yo quedaba bajo la pesada carga de la humillación, pues mis compañeras pensaban que yo había cometido aquel feo pecado. Sin embargo, el santo rostro de mi nuevo Amigo estaba alegre de nuevo. Esto era lo único que podía consolarme, tan grande era mi humillación y vergüenza ¹³.

EN EL TIOVIVO

Una tarde al acabar las clases resultó que prácticamente todas las alumnas de la hermana Eugenia tenían dinero. Habíamos traído el dinero para la reunión mariana, pero no había habido reunión. Y surgió una idea. Vamos a la plaza a montar en el Tiovivo.

La idea fue aprobada con un “¡Vamos!” unánime por parte de todas las niñas. La plaza estaba a bastante distancia del colegio y aún más lejos de mi casa. En medio del viaje de repente me di cuenta de una cosa: “Será tarde cuando llegue a casa y a mi madre no le va a gustar. Además, no sé cómo ir a casa sola”. (Ese día mis hermanas no tenían clase por la tarde). Laila, una de mis compañeras, respondió a mis objeciones diciendo: “Todas vamos a llegar tarde, diremos que estábamos en el colegio”. Todas estuvieron de acuerdo y yo también. Me encantaba ir a la plaza y montar en el tiiovivo y, todavía más, comer macedonia del quiosco. Fuimos.

Montamos en el tiiovivo después de haber tenido que esperar un poco, pues siempre estaba lleno de niños. Entonces fuimos al quiosco y disfrutamos de la macedonia. Habíamos salido del colegio a las tres y media, así que debía de ser tarde. L. y C. me acompañaron hasta la esquina donde vivía el Señor Delelis. Desde allí ya sabía volver a casa.

Hasta este momento todo había salido muy bien y volvía a casa feliz y tranquila con la cartera con mis libros en la mano. De repente algo me perturbó: Le iba a decir a mi madre que había estado en el colegio por la tarde para que no me castigara. Era la primera vez en mi corta vida, ocho años, que iba a

¹³ Ib. pp. 67-68.

mentir. Por eso, no fui consciente en un primer momento de que iba a decir una mentira y por tanto estaría cometiendo un pecado. En mi limitada inteligencia se acumulaban pensamientos contradictorios: “Todas las niñas van a decir lo mismo y tú también lo dirás así”.

Mientras mi mente trataba de resolver este dilema, recordé la triste historia que la hermana Irene nos contara dos años atrás, en la preparación para la Primera Comunión: el niño pequeño que fue al purgatorio y tenía la lengua llena de alfileres por haber mentido. En ese momento mi ángel me hizo mirar hacia arriba para ver su santo rostro triste porque deseaba clavar una espina en la sagrada cabeza del buen Jesús. El deseo de mentir a mi madre cambió inmediatamente, y resolví decirle dónde había estado.

Corrí y llegué a casa con el corazón latiendo fuertemente. Acacia había salido ya a buscarme. Le dije a mi madre sinceramente dónde había estado. A ella no le gustó, y me reprendió por ello. Sin embargo, mi nuevo Amigo estaba contento otra vez, de nuevo me sentía feliz ¹⁴.

EL CIRCO

En el año 1908 una compañía de circo vino a Jaguarao. El circo puso su carpa en una parcela dispuesta para ese fin, a tan solo dos calles de nuestra casa. Una noche mi padre nos llevó a ver la actuación.

Me encantaban los perritos que se subían a lo alto de una escala y desde allí saltaban hasta una amplia sábana extendida por los ayudantes; la niña que caminaba subida a una gran pelota y la chica que se colgaba del trapecio, agarrada solo por los pies. Lo que más me gustaba, sin embargo, era el payaso feo, con la cara cubierta de polvo de arroz. Daba volteretas una detrás de otra y parecía una gran bola que rodaba.

Cada día, cuando iba o volvía del colegio, el gran circo me atraía. Siempre quería pararme y espiar a través de la gran puerta. Mis hermanas tenían que tirar de mi mano para sacarme de allí.

Pensé: “Sería fantástico si mamá me dejara jugar con las niñas del circo. ¡Podrían hacer cosas bonitas para que yo las viera y podría ver al payaso de cerca!”. Pero sabía que mi madre no me dejaría ir y que Acacia no me llevaría. Así que decidí: “El día que mis hermanas no tengan colegio por la tarde volveré

¹⁴ Ib. pp. 68-70.

sola a casa y entonces podré entrar en el circo”. Todo ocurriría de acuerdo con mi plan.

Cuando volví del colegio sola, a las tres y media de la tarde, fui a la puerta del circo. Había muchos hombres, mujeres y niños allí, pero no pensé que estos fueran los artistas, pues estos siempre vestían con bonitos disfraces. Me dirigí a uno de los hombres que estaba en la puerta, con una gran pipa en la boca, y le dije: “¿Usted es el dueño del circo?”. Ante su respuesta afirmativa, continué: “Me gustó mucho el payaso y también las niñas de mi tamaño que juegan con él”. El hombre se rió, me cogió de la mano y me dijo: “Entonces ven, que te voy a llevar allá”. Aún no había traspasado la entrada del circo cuando mi nuevo Amigo, fuertemente, me impide ir más allá. Tal es así, que sentí como si tiraran de mí en dos direcciones. De mi mano derecha tiraba el hombre que podía ver, y de mi mano izquierda, en la que llevaba la bolsa con mis libros, tiraba mi nuevo Amigo. No sé qué hizo mi nuevo Amigo. Solo sé que el hombre me soltó de repente, violentamente, y me dijo: “¡Vete de aquí, niña!”.

Hasta hoy, no sé por qué mi nuevo amigo se opuso con tanta energía. Solo ahora, recordando aquello, me doy cuenta de que mi nuevo amigo me salvó de un gran mal, al que me había expuesto por ignorancia ¹⁵.

EL BROCHE PERDIDO

El día del cumpleaños del mayor Reveilleau, el mayor dio un banquete y un baile, y papá me llevó. El punto de reunión era la casa del capitán Barcelos y desde ahí la gente iba a la casa del celebrante. En aquel tiempo tenía solo ocho años. Mi padre me dejó con el grupo de las mujeres y se unió al grupo de los hombres.

Aquello era como una comparsa. Recuerdo bien cómo iba vestida y que llevaba enganchado en el pecho un broche con mi nombre. Había mucha gente. Me di cuenta de que se me había caído el broche y salí de la calzada y empecé a buscarlo en la cuneta. Mientras tanto, la gran multitud pasaba sin prestarme atención, pues estaba agachada, buscando el broche por el suelo. El grupo se alejó sin que ni ellos ni yo nos diéramos cuenta.

Después de haber buscado el broche durante un tiempo sin haberlo encontrado me rendí, y solo entonces me di cuenta de que estaba sola en medio de la calle, vacía y oscura. Asustada y desorientada, corrí de aquí para allá. No sabía hacía dónde debía ir. Descansé apoyada en la pared de una esquina.

¹⁵ Ib. pp. 70-72.

Hasta este momento no había visto a nadie, pero unos minutos después me di cuenta de que alguien venía hacia mí desde el final de la calle. Pensé que sería mi padre que venía a buscarme y quise correr a su encuentro. Sin embargo, mi nuevo amigo, hasta entonces callado, me lo impidió, como me impidió ir con el dueño del circo. Yo acostumbraba a obedecer sin resistencia y volví al lugar en donde había estado descansando apoyada en la pared, calmada, sin miedo. Esperé tranquilamente a aquella persona que, lentamente, se aproximaba cada vez más. Ya lo distinguía. No era papá, papá no caminaba así. Era un hombre vestido con un poncho, que venía tambaleándose de un lado a otro de la calle, tropezándose a cada paso.

No tenía miedo. Mi nuevo amigo estaba allí conmigo, pero esta vez no a un lado, como solía. Estaba delante de mí. Lo sentía sin verle con mis ojos. En cualquier caso, yo estaba quieta, conteniendo la respiración. El hombre iba a pasar a mi lado y mi nuevo amigo quería que estuviera en silencio. Y así fue; al poco el hombre vino tambaleándose hacia donde yo estaba, murmurando palabras que no entendía. Pasó justo delante de mí. Su poncho me rozó las piernas, pero él no me vio.

Después de que el hombre pasara, fui con mi nuevo amigo a la casa del mayor Reveillau, que era nuestro vecino. Entré. Una banda de música tocaba delante de la casa, en la calle, en la que había mucho movimiento de curiosos que se aglomeraban. Nadie reparó en mí. Busqué a mi padre y cuando le encontré me di cuenta de que no había notado mi ausencia. Y solo ahora soy consciente de que aquel hombre era, sin duda, un borracho y de que una vez más mi fidelísimo nuevo Amigo me salvó de un peligro que desconocía ¹⁶.

EL GOLFILLO

En 1910 yo tenía diez años. Una tarde estaba jugando con Inacia en la calle. Ella era dos o tres años mayor que yo. Saltando a la comba, llegamos a la esquina junto a la casa de Inacia. Desde la esquina opuesta vimos que venía hacia la nuestra un chico de unos 14 ó 15 años, uno de esos niños pobres a quienes la gente les llama golfillos. Lo conocía de vista, ya que cada día pasaba por nuestra casa. Se dedicaba a repartir comestibles. Inacia me dijo: A ese chico le dices *gamba* y se convierte en una gamba. Y si le dices *caimán* se convierte en caimán. Cuando vuelva a pasar por aquí, grítale *gamba* y *caimán* y verás. Respondí: Solo le voy a llamar *gamba*, porque es un animalito pequeño. Cuando el chico estaba pasando, le grité: *Gamba*. Pero el chico, en vez de convertirse en gamba, me dijo

¹⁶ Ib. pp. 72-73.

enfadado: *Esta me la vas a pagar*. Inacia, escondida detrás de la puerta del jardín, se reía a más no poder.

Unos días más tarde, cuando iba al colegio sola por la tarde, me crucé con ese chico por la calle. Nos reconocimos y me dijo: *Ahora verás quién es una gamba*. Y me pegó en el brazo, echándose a correr después. Yo era melindrosa y, en vez de ir al colegio, volví casa llorando y le conté la historia a mamá, que se enfadó con el chico. Un día vi al chico que me había pegado con otros chicos. Se lo dije a mi madre, que le dijo a Abelino que lo trajera a casa. Allí en el pasillo lo zurró con la sandalia. El chico lloraba muy alto. Yo estaba a punto de decir: Bien hecho, pero mi nuevo amigo, el ángel, me lo impidió. Miré buscando su santo rostro y lo encontré triste. En ese instante mi alma se llenó de pena por el chico. Corrí hacia el pasillo para que Abelino parara de pegarle, pero ya lo había soltado. Pedí perdón al buen Jesús y a mi ángel. Reconocí mi falta, diciendo: Ese pobre chico ha recibido una tunda, porque le dije a mi madre que me había pegado, pero él me dio solo un golpe pequeño, que no me dolió. Abelino en cambio es muy fuerte y le debe haber hecho mucho daño. Pasaron algunas semanas, un día en que estaba afuera, vi al chico que pasaba por la calle. Sin dudarlo corrí hacia él y le dije: *Tengo una cosa para ti, espérame que la voy a buscar. Sentí mucho que Abelino te pegará*. El chico me miraba desconcertado, pero no se opuso a esperarme. Tenía algo de dinero en la hucha. Lo cogí y salí corriendo de vuelta a la calle, pues temía que el chico se hubiese marchado, pero seguía ahí. Le di todo el dinero y la hucha. Se puso muy contento y se fue, agitándola mientras que yo, sintiendo una dulcísima paz en el alma, me quedé en la esquina con mi ángel, mirando al chico hasta que desapareció ¹⁷.

MI COCHECITO

El año 1910 papá fue transferido a la guarnición militar de Alto Uruguay, mientras que los niños nos quedamos en Jaguarao con mamá. Cuando fue el momento de la despedida en el barco, hubiera desfallecido de dolor de no ser, porque la santa mano de mi nuevo amigo me hizo desprenderme de mi padre. Mis ojos se secaron como por encanto. Miré a mi padre y a mi nuevo amigo, quien, con su dulcísima voz, me susurró, no en mis oídos, sino en mi corazón y en mi alma: *El buen Jesús así lo quiere*. Pasado un tiempo, mi padre obtuvo permiso para pasar una temporada en Jaguarao y me trajo como regalo un precioso cochecito. Cada día, después de volver del colegio y acabar los deberes, me iba a pasear en *auto* de un lado a otro de la plaza.

¹⁷ Ib. pp. 79-82.

Un domingo Zita, una amiguita mía, vino a visitarme. Había traído su triciclo y me dijo: *Vamos a la plaza*. Los domingos y los jueves por la tarde era costumbre que la gente de la ciudad se congregara en la plaza. Una banda de música tocaba en el estrado que había en el centro de la plaza. Alrededor paseaba de aquí para allá una multitud de chicas, chicos, mujeres y niños, mientras que en el centro había grupos de gente sentados en las mesas del bar o del quiosco. Cuando llegamos a la plaza, pedaleé en mi autito. Volví a casa encantada y quedé con Zita en volver a la plaza cada domingo por la tarde. Dicho y hecho. Dos o tres domingos después de aquello,, era una verdadera cabalgata de triciclos girando alrededor de la gran plaza.

El padre Godofredo Evers era mi confesor y un sábado en la confesión me dijo: *Cecy, no me gusta que los domingos vayas a pasear a la plaza*. Pero el domingo por la tarde volví a la plaza con mi autito. El padre Godofredo me vio. De repente oí un griterío al pie de la estatua de la Libertad, erigida en el centro de la plaza. Todo el mundo corría para allá. Perdí de vista a Acacia. Nuestro grupo de triciclos se paró y dijimos: *Vamos a ver qué pasa*. Empecé a bajarme del auto para correr con las otras, pero no pude dar ni un paso. Una vez más la santa mano de mi ángel estaba sobre mi hombro suavemente, pero sujetándome con fuerza para que no me moviera. Noté que su rostro estaba triste y vi al padre Godofredo bajar corriendo la escalera de entrada al Instituto y cruzar la plaza hacia mí con largos pasos. Me dijo en tono de benevolencia, pero con severidad: *Vete a casa inmediatamente y nunca vuelvas por aquí*.

Le dije: No sé dónde está Acacia y no sé ir a casa sola. ¿Usted me puede llevar? Me cogió de una mano y con la otra, empujando el autito, me llevó para casa, dejándome en la esquina. Al despedirme, me dijo: *Ahora vete con la bendición del buen Jesús y con la protección de tu ángel de la guarda*. Al sábado siguiente, le confesé al padre mi desobediencia y el domingo, en vez de ir a la plaza, el autito se quedó en casa y yo fui a la parroquia. Y allí, delante del altar de nuestra Señora, recé mi rosario por todos los niños de Jaguarao ¹⁸.

MADRINA

En 1911 fui madrina por primera vez de confirmación. Mi ahijada era la pequeña hija de nuestra lavandera. Se llamaba Elizabet y tenía cinco años. Cuando fuimos a la iglesia para la confirmación, le dije a la niña que ya estaba el señor obispo. Ella estalló en lloros y gritos. Tenía miedo del obispo. Le hice mil promesas, la cogí en brazos y ella lloraba y gritaba aún más alto. Por fin le dije: *Está bien no iremos a ver al señor obispo. Yo misma puedo confirmarte en caso*

¹⁸ Ib. pp. 83-86.

de necesidad como hice para bautizar al señor Cipriano. Le expliqué algunas nociones sobre la confirmación. Mi ángel estaba allí y su santo rostro no estaba triste. Cuando terminó la ceremonia y la gente salió de la iglesia, entramos los dos en la iglesia vacía. Me dirigí al altar de nuestra Señora, cuya imagen tanto me hablaba al corazón. Nos arrodillamos frente a la imagen y rezamos. La pequeña repetía dócilmente todo lo que le decía con las manos juntas.

Dejando el altar me dirigí al baptisterio, pero no había agua bendita. Fui a la pila de la puerta de entrada con el corazón latiendo fuertemente de la emoción que sentía en aquellos momentos. Me arrodillé con la niña. Después me puse de pie y sumergí mi mano en la pila para coger bastante agua bendita, le eché agua en la cabeza y tracé una cruz en la frente, mientras decía: *Yo te confirmo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.* Llena de alegría, le dije: *Ahora tu alma está blanquita tan blanca como estuvo la mía el día de mi primera comunión.*

Al salir de la iglesia, recordé que tenía tres cruzeiros y fuimos a la confitería y los tres cruzeiros, que habían sido destinados a dárselos al obispo por la confirmación, se transformaron en una bonita caja de bombones. Feliz, se la di a Elizabet. Después pensé: Ese dinero estaba destinado a la iglesia o a los pobres. Decidí volver a la confitería y con sinceridad y lágrimas le expliqué al señor Carvalho que ese dinero lo debía poner en la alcancía de la iglesia, porque era sagrado, para el obispo o para los pobres. El señor Carvalho me regaló los bombones y me devolvió el dinero, que deposité en la alcancía de la iglesia. Un tiempo después Elizabet fue confirmada por el obispo y yo fui su madrina de verdadera ¹⁹.

CENSURA ANGÉLICA

En las vacaciones de 1911 a 1912 mi padre, aconsejado por el médico sobre la conveniencia de tomar baños de agua salada en el mar durante el mes de febrero, decidió enviarme a Santa Vitoria do Palmar. Viviría allí con la familia de doña Nayá, que era amiga de mis padres y tenía dos hijas internas en nuestro colegio de Jaguarao. El padre Godofredo me dio una estampa del santo ángel de la guarda y viajamos sin novedad. Aquella familia me rodeó de gran cariño cuidados y dedicación. Durante dos semanas caí enferma con fiebre alta y de no ser por la continua presencia de Jesús y de mi ángel no creo que hubiese sido capaz de soportar tan dura separación de mis padres. Me restablecí y la familia decidió pasar las vacaciones en su gran hacienda. Una tarde fuimos a bañarnos a una cascada e invitamos a las familias vecinas.

¹⁹ Ib. pp. 87-90.

Los hombres hicieron algunas casetas de las que salían los grupos preparados para el baño. Doña Nayá me llamó para que me pusiera el traje de baño. Fui corriendo, pero antes de que llegara hasta ella, fui detenida por el brazo de mi nuevo amigo el ángel y por la vivísima presencia de nuestro Señor en mi pequeño ser, que me hacía entender que no debía unirme al grupo. Entonces le dije a doña Nayá: *No quiero cambiarme ni bañarme, me quedo aquí*. Los grupos estaban preparados para entrar en el agua. Mi nuevo amigo se puso delante de mí. Durante todo el tiempo en que la gente estuvo en el agua o en la orilla del río, donde se pusieron a bailar, tuve delante de mí por primera vez la sombra santa y protectora que provenía de las alas extendidas de mi ángel. Desde aquel día, estas santas alas protectoras se extendían siempre delante de mí para impedir que viese cualquier cosa que nuestro Señor y él no querían que viese ²⁰.

EL CARRITO

En 1911, cuando volvió a casa por vacaciones, mi padre me trajo un bonito juguete. Se trataba de una campesina que guiaba un rebaño de gansos que iba delante de ella. Cuando se tiraba del carrito, la chica daba palmadas y los gansos movían las alas. Me gustaba muchísimo este juguete. Acacia me dio un ovillo de hilo y lo ató al carrito, que ponía en la esquina de la casa. Caminaba hasta el otro extremo de la calle desenrollando todo el ovillo. Entonces enrollaba el hilo de nuevo y así tiraba del carrito, que iba desde mi casa hasta donde yo estaba. Me encantaba, y cada tarde se me podía ver en la acera entretenida con este juego.

Una tarde me di cuenta de que cada vez que iba de una esquina a otra me acompañaba un negrito medio desharrapado, de unos siete u ocho años. Miraba cómo jugaba con el carrito con vivo interés, y cada vez que se caía corría para ponerlo derecho. Empezaba a agradarme el ver que mi “precioso carrito” le causaba tanta admiración al negrito. Dos o tres días después el chiquillo estaba allí como de costumbre, observándome y acompañándome, pero esta vez me ofreció una naranja y me dijo: “¿La señora me cambiaría esta naranja por su carrito?”.

Esta propuesta me cogió de sorpresa y respondí algo arrogante: “Mi carrito vale mucho más que todo un saco de naranjas, y yo tengo todas las naranjas que se me antojen”. El chiquillo no respondió, pero no había hecho más que decir estas palabras cuando sentí la santa mano de mi nuevo amigo

²⁰ Ib. pp. 95-97.

sobre mi cabeza. Quería decirme algo. Escuché su voz, que me hablaba al alma, y lo que oí me dejó perpleja: debía darle mi carrito al negrito.

Como un relámpago me vino un pensamiento a la cabeza: “No puedo dárselo, papá me lo dio a mí”. Pero, como un relámpago también, a este pensamiento le sucedió otro: “El buen Jesús quiere que se lo des”. Miré a mi nuevo amigo. Su santo rostro no estaba triste, pero sí serio, como esperando mi decisión.

Miré decidida al chiquillo, que, con la naranja en la mano, miraba al carrito extasiado y le dije: “Te lo doy, el carrito es para ti”. Enrollando el ovillo rápidamente, me traje el carrito hacia mí y se lo di al chico. Por un instante dudó, como si no se creyera que se lo regalaba. Por fin le convencí y lo aceptó. Miré de nuevo a mi Amigo. Su santo rostro ya no estaba serio, sino que mostraba aquella “dulzura” que me hacía tan feliz, pues aquella “dulzura” quería decir que Jesús estaba contento con su amiguita.

El padre Godofredo me había pedido algún juguete viejo. Cuando estaba metiendo algunos en una caja de cartón, escogiendo las muñecas sin un brazo o sin un pierna, la taza rajada o sin asa, el gallito que ya no pitaba o una pelota descolorida, sentí que mi nuevo amigo ponía su santa mano sobre mi cabeza.

Me paro y escucho su dulcísima voz... ¡El juego de té de doce piezas que el coronel Ferreira me había traído de Río! Sin haber jugado con él ni una sola vez, lo puse con los juguetes viejos y le llevé la bonita caja roja al padre, ya que la “dulzura” en el rostro de mi nuevo amigo tenía, para mi alma de niña, más valor que los juguetes más caros del mundo ²¹.

SACRIFICIOS

Cierto sábado a comienzos del año 1912, el padre Godofredo, que era el director de la Congregación Mariana, me comentó en la confesión que le alegraría mucho que aquel año recibiese la Medalla de la Congregación, pero que había un impedimento: todavía no tenía la edad. No obstante, él me dijo: “Vamos a empezar desde hoy a rezar, y Cecy va a ofrecer pequeños sacrificios para que nuestra Señora, el 8 de diciembre, le alcance esta gran gracia”.

Salí del confesonario radiante, como si ya hubiera recibido la medalla, tan bonita, con la cinta azul. Esta ilusión continuó en mi mente algunos días, que pasaron sin que ofreciera sacrificios en honor de nuestra Señora, como mi

²¹ Ib. pp. 91-92.

confesor me había dicho. Por fin, volví a la realidad. Por lo que se refería a rezar, sabía bien lo que haría. De todas las oraciones que conocía no había ninguna mejor o más poderosa que el rosario. Jamás dejaba pasar un día sin rezar el rosario y, gracias a nuestra Señora, puedo decir que he seguido así hasta hoy. La dificultad estaba en los pequeños sacrificios. No sabía qué sacrificios debía hacer para agradar a la Madre del cielo. Hice algunos, pero sentía que no eran esos los que nuestra Señora quería.

Ahora es preciso que cuente algo: me encantaban los dulces, los caramelos y sobre todo el chocolate. Por decirlo con sinceridad: era golosa. Acacia conocía mi punto débil y, cuando me venían, satisfacía mis antojos con una buena ración de mermelada, natillas con canela, un puñado de pasas o cualquier cosa que encontrase a mano. A falta de dulces, o si Acacia no me los podía dar, yo misma entraba en la despensa, me hacía un gran cucurucho de papel y lo llenaba de terrones de azúcar, que me sustituían bien a los caramelos.

Una tarde llené un cucurucho de terrones, cogí el primero y me lo llevé a la boca; pero entonces sentí que la mano de mi nuevo amigo me impedía acabar el movimiento. Estaba serio. Vacié el cucurucho en la gran lata del azúcar. El santo rostro de mi ángel había perdido su seriedad, que se había transformado esa incomparable “dulzura” que tanta alegría y felicidad me daba. Pero no entendía por qué me había impedido tomar azúcar.

Pasaron los días y una tarde en que estaba en el porche ocupada con mis tareas del colegio, aparece Acacia con un plato de membrillo asado en almíbar. Me alegré muchísimo, y se lo mostré, abrazándola del cuello. Acacia puso el platito con el membrillo en la mesa y volvió adentro. Cogí de la parte ya cortada y clavada en el palito y me la llevé a la boca, pero de nuevo mi brazo fue frenado por mi nuevo amigo. Miro a su rostro, ¡serio! Entonces lo entendí todo: “Me encantan los caramelos y cualquier cosa con azúcar. He de privarme de estas cosas. Este es mi pequeño sacrificio para nuestra Señora. Esto y solo esto es lo que mi Madre del Cielo quiere a cambio de la bonita medalla con la cinta azul”.

Sé que la Santísima Virgen aceptó este pequeño sacrificio de su hijita, porque el 8 de diciembre me recompensó con la bonita medalla y la cinta azul. Aquel día, el padre Godofredo me dio una estampa de nuestra Señora y me dijo: “Cecy, hoy puedes comer todos los dulces que quieras, y a nuestra Señora le dará mucha alegría”. Volví a casa. Los días de fiesta, mi fiel y buena Acacia no dejaba de sorprenderme con algún “bocadito”, como ella lo llamaba. Cuando salí al porche encontré un plato con ciruelas rellenas de coco en el lugar donde

solía estudiar. Entonces comprobé con sorpresa que la “golosa” Cecy había perdido su defecto por completo ²².

ESPOSA DE JESÚS

En 1913 vino de Río el teniente coronel N.; tenía entre cuarenta y cincuenta años, era soltero y poseedor de una gran fortuna. Este señor era íntimo amigo de mi padre desde los tiempos del colegio y venía a casa con frecuencia. De hecho, venía casi todos los días a ver a mi padre al salir del cuartel, pues nuestra casa quedaba a pocas manzanas.

Dos o tres meses después de su llegada empezó a prestarme particular atención, trayéndome con frecuencia costosos regalos. Mi madre me llamó un día para que me presentara en el salón. El teniente coronel estaba ahí y quería darme un regalo que me había traído. Se trataba de una caja que contenía un ajuar completo de estilo Napoleón, que había mandado hacer en Montevideo. Extendí la mano para agradecérselo. La besó y le dijo a mi padre: “Me gusta mucho esta niña y desearía hacer de ella una señora”. No entendía lo que quería decir y con gran alegría fui a enseñarle el regalo a mi querida Acacia.

Pocos días después me llamaron de nuevo al salón. El teniente coronel estaba ahí, vestido con su uniforme rojo y azul. Mi madre le dijo a Acacia que me pusiera el traje de Napoleón, para que el teniente coronel viera que me quedaba bien. Francamente, no me gustaba aquel vestido, que me hacía parecer una joven. El vestido era más largo que los que solía llevar, y los finos botines de charol eran de tacón militar, que no había usado en mi vida

Aparecí así transformada, en el salón. Parece que al teniente coronel le gustó verme así. Abriendo una pequeña cajita de terciopelo azul, sacó un pequeño anillo con dos diamantes y lo colocó en mi dedo, diciendo: “Eres aún demasiado joven para llevar un verdadero anillo de compromiso”. En aquel tiempo no entendí nada. Solo sé que me agradó mucho aquel anillo. El teniente coronel continuó: “Pronto viajará a Europa. Por eso debe estudiar italiano y alemán (el francés ya lo aprendía en el colegio), y aprender a tocar el piano”. Algunos días después empecé a estudiar italiano con un profesor particular y piano con otra profesora, con un piano que alquilamos para practicar. En el colegio empecé a estudiar alemán bajo la tutela de mi querida madre Rafaela.

Pasaron algunos días y una noche me llamó papá, quería hablar conmigo a solas. Estaba muy serio y con cara de preocupación. Aquel papá era muy

²² Ib. pp. 93-94.

diferente del habitual. Se sentó, me acarició tiernamente y me dijo: “Hija mía, papá tiene una noticia importante que comunicarte. Mi amigo N. quiere hacerte su esposa cuando cumplas quince años. Me gustaría que mi hija aceptara esta proposición, que la hará muy feliz. Conozco a mi amigo muy bien y tengo certeza de que la hará muy feliz”.

Entendí poco o nada de lo que papá había dicho. Solo tenía trece años y hasta aquel momento ni por asomo se me había pasado por la cabeza convertirme en la esposa de nadie. De hecho, ni siquiera sabía lo que significaba ser esposa. Solo sabía que mamá era la mujer de papá. Por eso, sin entender mínimamente lo que papá decía, le respondí como si fuese la más irrelevante de las preguntas: “Sí, papá”. Entonces salí de la habitación sin darle más vueltas a aquello.

El primer viernes después de la “audiencia” con mi padre fui como de costumbre a misa y comulgué. Poco después de recibir la Sagrada Comunión, lo cual era mi deleite, siento, oigo, como acostumbraba a oír a mi nuevo amigo (solo que ahora no era este, sino nuestro Señor): “No serás esposa de nadie en la tierra, sino esposa de Jesús”.

Desde entonces pensaba continuamente en cómo podría ser la esposa de Jesús (porque tampoco entendía lo que significaba ser su esposa). En cualquier caso, había en mí desde aquel día un deseo grandísimo de ser esposa de Jesús. Me daba cuenta perfectamente de que si quería ser esposa de Jesús no podía ser del coronel, cuya presencia comenzaba a aborrecer. No me gustaba nada llevar aquel anillo, que era una especie de anillo de compromiso (algo que solo después entendí). Fue por lo siguiente: un domingo después del primer viernes, estaba preparándome para dar un paseo con algunas amigas. Busco el anillo para ponérmelo en el dedo, pero mi nuevo amigo me lo impide, separando suavemente mi mano de la otra, en cuyo dedo me iba a poner el anillo. Entonces guardé el anillo inmediatamente con la firme intención de no usarlo nunca más.

El teniente coronel no tardó en notar que no llevaba el anillo y me dijo que deseaba que lo llevara siempre. Mamá me mandó ir a buscarlo y no quitármelo más. Fui a cogerlo y me lo puse en el salón. Mi nuevo amigo no me lo impidió esta vez, pero en aquel momento, en presencia de aquel señor que tanto me desagradaba y de mis padres, busqué el santo rostro de mi nuevo Amigo, y vi que no le gustaba que me pusiera el anillo. Sentí una gran tristeza en mi alma y aquella noche en la cama, entre sollozos, le pedí a mi ángel que me hiciera perder el anillo.

Pasó algún tiempo, bien poco, y llegó el invierno. Tuve un fuerte ataque de sabañones en las manos. Estas se inflamaban de tal modo que mi dedo anular

se ponía rojo. Entonces mi padre limó el anillo, pero lo hizo tan cerca de uno de los diamantes que no quedó bien y no lo mandó arreglar.

Tengo que decir que nunca antes ni después de este suceso me han salido sabañones en las manos. Los dedos se me hincharon tanto que era imposible girar el anillo en mi dedo. Animada por su éxito con el anillo, le pedí a mi nuevo amigo que también me librara del teniente coronel.

El teniente coronel no se mostró muy conforme y esto me hizo sufrir mucho. Pasado un tiempo fue trasladado a Río y... me dejó en paz. Me alegré mucho y no me olvidé de agradecerle este favor a mi nuevo Amigo. Pero aún no sabía cómo podía convertirme en esposa de Jesús. A su tiempo, sin embargo, lo supe ²³.

HIJA DE MARÍA

El 8 de diciembre de 1914 me convertí en hija de María y recibí la bonita Medalla Milagrosa con su cinta azul. Me la dio el padre Godofredo Evers, que todavía era el director de esta Congregación Mariana. La víspera había ido a confesarme con el padre Godofredo, quien me dijo después: “Mañana, el buen Dios y su Santísima Madre te concederán una gracia muy grande y muy particular. Pero hay otra aún más grande reservada para ti. Es la gracia extraordinaria de convertirme en esposa de Jesús. ¿Cecy quiere aceptar esta amorosa invitación de Jesús?”. Respondí: “Padre, ya hace tiempo que deseo ser esposa de Jesús, y sé también que no seré esposa de nadie aquí en la tierra”.

Entonces el sacerdote me explicó cómo podría convertirme en esposa de Jesús. Comprendí hasta donde me lo permitió mi limitada inteligencia. El padre Godofredo me dijo que volviera al confesionario después del último penitente. Lo hice así y me dio un papel escrito y me dijo: “Mañana, después de comulgar, repite a nuestra Señora lo que he escrito en este papel”. Me aprendí la oración de memoria y al día siguiente hice lo que me había ordenado. Después de la Sagrada Comunión recé lo que decía el papelito:

“Mi Santísima Madre, hoy me recibirás entre tus hijas predilectas. Pues bien, querida Madre, deseo hacer un intercambio. Hoy, cuando me arrodille al pie del altar, cuando tu siervo y ministro de tu Hijo me dé, en tu nombre, la Medalla y el título de hija de María, yo pondré en tus manos purísimas el lirio de mi inocencia y virginidad. Guárdalo, oh María, pues es vuestro. Nunca lo reclamaré. Y cuando mi Divino Esposo venga a pedírmelo, entonces, oh Virgen

²³ Ib. pp. 101-104.

de las vírgenes, responderé felizmente a mi Esposo: Se lo confié a tu Madre virginal. Ella te lo dará”.

Durante la ceremonia, cuando estaba arrodillada al pie del altar y el padre Godofredo me ofrecía la bonita medalla para que la besara, repetía en mi corazón la oración. Mi ángel puso su mano sobre mi hombro durante toda la ceremonia. Nuestro Señor vino conmigo como en la sagrada comunión; nuestra Señora también vino conmigo, aunque no los veía.

El mismo día, después de la celebración, el padre Godofredo me preguntó si había hecho mi ofrenda a nuestra Señora. En voz baja le respondí: “El santo ángel reposó una mano sobre mi hombro, y con la otra le entregó el lirio a nuestra Señora”. Vi lágrimas en los ojos del padre Godofredo, pero se las enjugó rápidamente ²⁴.

EL PICNIC DEL COLEGIO

Era el año 1913 y teníamos, ya casi como una tradición, el picnic anual de nuestro colegio el 25 de octubre, en honor del santo de la madre Rafaela, que era el día 24.

Acacia me preparó una cesta bien surtida, llena especialmente de aquellas cosas que me gustaban más y que ella sabía bien cuáles eran. A la hora prevista, que era siempre después del mediodía, salí hacia el colegio con una alegría inmensa.

Iba sola. En una mano llevaba la cesta y en la otra una bolsa de tela llena de manzanas y plátanos. En una esquina cerca del colegio me encontré con una anciana sentada en la acera, mendigando. Extendiendo su mano, me dijo: “Señorita, dele una limosna a una pobre negrita que aún no ha podido tomarse un café hoy”. Daba la casualidad de que en el bolsillo de mi mandil llevaba el dinero sobrante después de haber comprado la fruta, que mi madre me había dejado quedarme, eran 500 reales. Se lo di a la anciana, que lo recibió agradecida y me dijo con sencillez: “¡Qué Dios le bendiga!”.

Seguí mi camino alegremente, pero no había dado diez pasos cuando me paré sorprendida. Mi ángel había puesto su mano sobre mi hombro. Entendí que quería algo. Busqué con la mirada su santo rostro, y lo vi triste, pero no serio. Al mismo tiempo me vino al pensamiento la anciana de la esquina. Miré hacia atrás, seguía ahí. Entonces pensé: “¿Cómo va a conseguir comida para hoy y

²⁴ Ib. pp. 105-106.

mañana con solo 500 reales? Debo darle todo lo que llevo para el picnic. Solo así desaparecerá la tristeza del santo rostro de mi nuevo amigo”.

Volví a la mendiga, con una prisa poco habitual en mí, y vacié en su regazo todo lo que llevaba en la cesta y la bolsa y le dije: “Había traído todo esto para la excursión, pero quiero dárselo todo a usted, pues aún no se ha tomado un café”. No sé qué respondió la pobre anciana; solo percibí su gesto de estupefacción, y es que salí corriendo hacia el colegio, como si temiera no tener suficiente fuerza de voluntad para hacer fielmente lo que mi nuevo amigo deseaba. Tras correr un poco, ya en una de las esquinas del colegio, me paré, y una vez más miré hacia el santo rostro de mi nuevo amigo. Ya no estaba triste; mostraba aquella “dulzura” que me decía que nuestro Señor y él estaban muy contentos con su pequeña amiga. Abrí la cesta y metí la bolsa de tela vacía. Entonces pensé: “¿Cómo voy a ir al colegio y al picnic con una cesta vacía?”.

Pensé en volver a casa y pedirle a mi buena Acacia que me llenara la cesta por segunda vez, sabía que ella lo haría. Estaba a punto de ponerme a correr de vuelta a casa cuando de nuevo siento la suavísima mano de mi nuevo Amigo, impidiéndomelo. No quería que volviera, sino que siguiera andando hacia el colegio. Le obedecí, aunque con una gran indecisión. “¿Qué les diré a mis compañeras cuando vean la bolsa vacía? ¡Se reirán de mí!”. Este era el miedo, gran miedo, que oprimía mi alma, pero la dulce expresión del rostro de mi nuevo amigo lo disipaba todo. Entré en el colegio feliz, como si mi cesta todavía estuviese llena de las cosas que más me gustaban.

El patio del colegio ya estaba lleno de niñas, cada una con su cestita respectiva. Entonces deseé tener al menos un pedazo de pan, que hiciera algo de peso en mi cestita. Pensaba: “¿Qué haré en el prado, cuando nos dividamos por grupos para merendar?”.

Salimos. Estaba ya con mi grupo de amigas. Durante el camino ellas contaban lo que traían para la merienda, mientras que yo, confusa, me estuve callada. Llegamos al prado y pronto se hizo la hora de la merienda. Los grupos se repartieron sobre la hierba. Parada, sin saber si debía unirme a mi grupo o no, miré hacia el amado rostro de mi nuevo amigo, en busca de auxilio. La santa “dulzura”, que llenaba mi alma con tanta alegría, puso fin a mi gran indecisión.

Me dirigí al grupo, que ya me estaban llamando. Mi nuevo amigo así lo deseaba. Ya estaban con las cestas abiertas, comiendo. Una de ellas me cogió la cesta para ver qué había y... ¡oh, decepción!, o mejor: ¡qué sorpresa para ellas y qué humillación para mí! ¡La cesta estaba vacía, únicamente con la bolsa de tela dentro! La carcajada resonó por la planicie, mientras que yo a duras penas

podía contener lágrimas y sollozos. Quería pedirles que no se rieran de mí. Me hicieron mil preguntas, acompañadas de comentarios humillantes:

“¿Has escondido tu comida en un agujero por miedo a que te la pidamos?”.

“Se la ha comido toda y ahora quiere que le demos”.

“Ya noté que había algo especial en el modo en que movía la cesta allá en el patio”.

“¿Entonces no había nada en casa que te pudieras traer?”.

No podía soportarlo más. Iba a decírselo todo a la madre Rafaela, las niñas estaban siendo crueles conmigo. Y sin embargo la santa mano de mi nuevo amigo me impidió levantarme.

Haciéndome violencia, me senté de nuevo. Una de las niñas me ofreció una buena ración de guayaba sobre una loncha de queso de bola. Me vino un pensamiento instantáneo a la cabeza: “No lo voy a aceptar, no quiero de tus cosas”. Pero antes de que pudiera decir una sola palabra, sentí, descansando en mi hombro aquella santa mano que tan bien conocía. Comprendí que mi nuevo Amigo deseaba que aceptara. Dentro de mí peleaban mi voluntad y mi amor propio, y venció la primera. Acepté lo que me ofrecía aquella niña y también lo que me ofrecieron las otras. Al tomar cada bocado, no disfrutaba de su sabor, aquellas cosas me repugnaban al paladar, tal violencia había dentro de mí, pero la “dulzura” del santo rostro lo cambió todo. La excursión terminó y nadie se enteró de lo que había ocurrido: ni papá, ni mamá, ni la madre Rafaela, ni Acacia, ni nadie ²⁵.

MI ESTUCHE NUEVO

Al llegar a casa del colegio encontré en mi mesa un paquete que mi padre me había traído de Artigas. Era un precioso estuche de material escolar, de madera barnizada, que con lápiz, regla, pluma, afilador, gomas, cortapapel, limpiador para la pluma, puntas de repuesto, lapiceros... en fin, todo lo que necesitaba un estudiante, ahí lo encontraría. Desde el año anterior deseaba tener un estuche así; ya lo conocía, pues algunas de mis compañeras tenían uno igual. Más de una vez le había manifestado mi deseo a mi padre.

Ahora lo poseía, no sabría describir mi alegría aquella tarde. No me cansaba de contemplar mi tesoro, y empecé a hacer los deberes antes de la hora acostumbrada, solo por el placer de usar mi “inigualable estuche”.

²⁵ Ib. pp. 107-110.

En la cumbre de la alegría, una vez acabada la tarea, empecé a limpiar y ordenar el estuche viejo. Lo envolví y lo dejé listo para llevárselo al sacerdote al día siguiente. Con el paquete preparado, envuelto en el mismo papel en que venía envuelto el estuche nuevo, y atado con el mismo cordel, ya me levantaba de la mesa cuando me asalta un pensamiento inesperado: “En vez de darle el estuche viejo al padre, ¿por qué no darle el nuevo?”. En rechazo a esta audaz idea, inmediatamente sucedió otra, que trataba de sofocarla: “¡No! No puedo hacer eso. El padre siempre pide libros y material escolar que ya no queremos usar más”.

No llegué hasta la puerta. La mano de mi nuevo amigo descendió suavemente sobre mi hombro y me vino a la mente un nuevo pensamiento: “Este podría ser un buen sacrificio en honor de la Madre celestial”. Cesó mi agitación. Miré hacia el santo rostro, que presentaba esa “seriedad” con que aguardaba alguna decisión generosa de su amiguita. Comprendí y decidí. “Le llevaría el estuche nuevo, no el viejo. Podrá usarlo como premio para el estudiante más aplicado de su escuela nocturna”. Volví a mi mesa y me senté. En poco tiempo tenía listo el nuevo paquete, tal y como lo había recibido. Antes de llevarlo a mi habitación, miré el rostro de mi nuevo amigo y la “dulzura” que vi me pagó cien veces mi pequeño sacrificio ²⁶.

LOS PATINES

En 1914, con la llegada del invierno, los dueños del Ponto Chic abrieron una pista de patinaje. Alice vino y me animó a ir a la fiesta de inauguración. Fuimos y me quedé encantada al ver la multitud de chicos y chicas, y también algunas niñas de mi edad (muchas compañeras del colegio) que se deslizaban con rapidez y trazando graciosas curvas sobre la gran pista de mosaico pulido. ¡Qué ganas tenía de patinar así! ¡Tenía que ser muy divertido! En aquel momento, mientras admiraba la habilidad de los patinadores, decidí no gastar un céntimo hasta que hubiese ahorrado los veinticinco cruzeiros que hacían falta para comprar un par de patines. La pista de patinaje me atraía como en su momento me atrajo la plaza, cuando iba a dar vueltas con mi pequeño auto. Cada domingo a las cinco de la tarde allí estaba con Alice, que un día vino a buscarme con un estupendo par de patines, nuevos y relucientes, que había comprado en Artigas.

Finalmente ahorré lo suficiente para los ansiados patines. Era tan grande mi deseo de tener mi propio par de patines que aquel día juzgaba que no había nadie en el mundo más feliz que yo. Pero, ¡ay!, tenía que esperar hasta el

²⁶ Ib. pp. 111-112.

sábado, día en el que no había colegio por la tarde, para ir a Artigas. Iría con Alice a Casa Aspiroz, donde ella había comprado los suyos. El domingo los estrenaría durante la sesión para principiantes.

Eran las dos de la tarde de un bonito sábado de invierno cuando salimos. Alice y yo estábamos sentadas en el bote que nos transportaría hasta la ciudad uruguaya de Artigas; deseaba estar ya de vuelta con los patines. Antes de que la barca zarpara tomó asiento un nuevo pasajero, al que conocía bien y que aquella mañana me había perdonado todos los pecados que había cometido durante la semana: el padre Godofredo. Le saludé con un “alabado” e intenté levantarme, pero el balanceo de la barca me lo impidió. Él me devolvió el saludo, y añadió: “Cecy, ¿cómo tú por aquí?”. Con gran alegría, le respondí: “Sí, señor padre, voy a comprar un par de patines”. Tras un par de remadas, el padre Godofredo se puso a leer, o a rezar el breviario, y así se pasó toda la travesía de una orilla a otra del río Jaguardo. Cuando desembarcamos en Artigas, el sacerdote me dijo en un aparte: “nuestra Señora espera un pequeño sacrificio”.

“¡No! Nuestra Señora no querrá los patines. Ya le he ofrecido el estuche que tanto me gustaba. Y los patines me gustan aún más, mucho más. Ya haré otro sacrificio después”. Me decidí y le dije a Alice: “Vamos rápido”.

A una manzana de Casa Aspiroz me acordé de mirar el santo rostro de mi nuevo amigo. Tenía aquella “seriedad” compasiva, que me hacía entender lo que esperaba de su amiguita. Una gran pena invadió mi mezquino corazón, y un nuevo pensamiento surgió en mi mente. “Madre del cielo, os pido perdón. ¡Cómo no vais a merecer el sacrificio de los patines! Y yo pienso que es demasiado ofrecértelos”. Sentí en mi alma un sincerísimo arrepentimiento y casi no pude contener las lágrimas, que querían saltar a borbotones.

Alice, me dio un empujón y me dijo: “Cecy, niña, me estás cansando. ¿Caminas o no? Parece que estás dormida.

“Alice”, le dije, “vamos de vuelta a casa. Ya no quiero comprar los patines. He decidido hacer otra cosa”.

Alice se quedó de piedra. “¿Estás loca?”, preguntó. “Nada de eso. Si hemos venido hasta aquí, vamos a comprarlos”.

“No, Alice, ahora no quiero comprarlos. Te compro un bote de caramelos de Montevideo y nos volvemos a Jaguarão”.

Esto hizo que Alice aceptara el cambio de planes. Entramos en la confitería, compramos los caramelos y volvimos a Jaguarão. Tenía ahora veinte cruzeiros. Sabía lo que tenía que hacer para reparar mi falta. Cuando Alice me dejó en la esquina de su casa fui a la tienda de al lado y cambié los veinte

cruzeiros en monedas de 400 reales. Luego fui al asilo y le di 400 reales a cada una de las personas que vivían en la parte del edificio donde había fallecido mi amigo, el señor Cipriano José. Si la alegría de cada pobre fue grande, la mía fue incomparablemente mayor. Estoy convencida de que la alegría que hubiera experimentado con los patines nuevos hubiera sido incomparablemente menor: recibí la “dulzura” de mi nuevo amigo ²⁷.

EL CINE

En 1912 en Jaguarao hubo una gran afición por el cine. Se abrían por todas partes. Los domingos había sesiones prácticamente a cada hora. Había gran competencia y rivalidad. Los domingos las sesiones eran exclusivamente para niños, a los que el dueño repartía gratis bonitas bolsas de bombones. También sorteaba premios estupendos como una preciosa muñeca o un par de patines. Un domingo se anunció la apertura de otro cine, llevado por los padres premonstratenses. El precio sería menos de la mitad que los otros y la gente se fue para allá. Aún me acuerdo perfectamente de las historias que contaban las películas que vi en el cine de los padres durante mi infancia y juventud y también sus títulos: Vida pública del Salvador, el hijo pródigo, el milagro de la Virgen, El cielo por techo...

No puedo decir lo mismo de las películas que vi en los otros cines. Con excepción de las películas sobre la naturaleza. No entendía la mayoría de ellas, porque gran parte pasaba oculta a mi vista tras las alas de mi ángel. Un domingo en el cine de Ponto Chic hubo una velada extraordinaria. Acudieron muchas familias y nosotros también fuimos. Comenzó la película que se llamaba Celda No. 13 y, cuando habían pasados dos o tres escenas en la pantalla, sentí la mano de mi ángel sobre mi hombro. Como ocurriera en el baño de la cascada, sus alas se extendieron delante de mí, ocultando completamente las escenas de la pantalla a mis ojos. Y así pasó con el resto de la película. En otras películas solo se extendían las alas durante un cierto tiempo y después me dejaban ver la película libremente.

Mi ángel actuaba así, no solo en el cine, sino también en otros espectáculos como obras de teatro. Cuántas veces mi madre me llamaba boba, porque no sabía describir la película a la que acabamos de asistir. Jamás dije que mi nuevo amigo me lo impedía ²⁸.

²⁷ Ib. pp. 113-115.

²⁸ Ib. pp. 97-99.

LA MENDIGA

En 1915 yo tenía 15 años. Vivía en Jaguarao una mendiga de unos 50 años, famosa por su extrema fealdad física. Los niños la tenían por una bruja o hechicera de los cuentos. Le tenían miedo y la llamaban Bate-pico por ser muy habladora. La mendiga iba todas las semanas a la carpintería de donde volvía con un gran saco a cuerdas, cargado de virutas que usaba para cocinar. Un día atada al saco había una tira de tela en cuyo extremo había una lata vieja. Los chicos se reían del ruido de la lata. Pensé en arrancar la tela del saco. ¡Que vergüenza! Todos se van a reír de mí. Entonces sentí a mi ángel que me dijo: *Si estuvieras en su lugar, te gustaría que una mano amiga te librara de la humillación.*

No vi ni oí nada más. Me puse a correr detrás de la mendiga, que continuaba andando, con la banda de chicos detrás. Sin saber cuál sería la mejor manera de desatar la tira de tela, lo primero que hice fue coger la lata. La cogí con la mano y traté de rasgar la tela. La mendiga sintió el tirón; tal vez pensó que los chiquillos estaban intentando quitarle el saco de los hombros y tiró fuertemente del saco hacia ella. El resultado fue que la lata me hizo un corte profundo en el brazo, cuya cicatriz conservo hasta hoy.

Corrí hasta la pobre mujer y traté de explicarle lo que estaba haciendo, pero ella no lo entendía y se enfadó mucho. Me quedé sin habla de la vergüenza. Oía los gritos de los chicos y sentía cómo centenares de ojos se clavaban en mí, “protagonista de la escena”. Parece que entonces la mujer entendió. Deseaba volverle atrás, pero la mano de mi nuevo amigo me lo impedía. Debía desatar la tira del saco, él lo quería. La mendiga, que ya no estaba enfadada conmigo, me dejó desatar la tela. Conmovida, me dijo: “Muchas gracias, niña. Todavía hay alguien en este mundo que se apiada de mí”. Entonces me olvidé de mi vergüenza. Le ayudé a echarse el saco sobre los hombros y volví a la pista.

Solo entonces percibí que la sangre me corría por el brazo y que llevaba el vestido todo manchado. Ya temiendo que se lo contaran todo a mamá, quise volver sola a casa. Nadie me vio llegar, pues entré por la puerta del jardín. Puse árnica en agua y me lavé la herida, que ardía mucho. Mientras tanto la mano de mi nuevo amigo acariciaba mi cabeza una vez más. Miré su santo rostro, y junto con la “dulzura” que vi, me vino como en un susurro la siguiente frase: “Jesús está contento con su amiguita”. Esto me llenó de felicidad y ya no pensé más en mis brazos.

En mi siguiente confesión se lo conté todo al padre Godofredo y él me dijo: “Vamos a hacer un contrato y Jesús lo va a firmar. Mañana domingo, Cecy

va a hacerse cargo del cuerpo de esa pobre mendiga, cuidando de que esté bien aseado, y yo me haré cargo de su alma”.

Qué suerte, pensé, tenía diez cruzeiros que papá me había dado. Podría comprar sandalias, medias, ligas y jabón para la pobre. Le llevaría también un vestido y sábanas de mi madre. Al día siguiente, después de misa, todo estaba preparado. No olvidé llevar las tijeras y un poco de brillantina, pues parecía que la pobre nunca se peinaba. Cogí también algo de pan y una lata pequeña de mermelada. Fui al asilo y encontré a “Bate-pico” en cuclillas frente a la puerta de su habitación. ¡Ay!, estaba horriblemente sucia. Cuando entré con ella en la habitación para enseñarle lo que había traído tuve que esforzarme para reprimir las arcadas y no vomitar.

“Doña María”, dije, “quiero limpiarla bien. Le he traído algo de jabón y brillantina”. La mendiga se puso muy contenta con todo aquello. Hallé difícilísimo lavar a la pobre, no sabía cómo hacerlo. Le pedí una palangana y me trajo una muy pequeña. Le di el jabón y le dije que primero se lavase la cara. La pobrecita no se opuso y pareció gustarle el jabón, pero no se lavó bien, como yo quería.

Entonces tuve una buena idea. Mi pañuelo todavía estaba doblado. Fui a por agua limpia y froté el pañuelo con el jabón, y yo misma le limpié el cuello y las orejas a la mendiga con el pañuelo. Después le dije que se lavara la cara para aclarar el jabón. Quería hacer lo mismo con sus pies. La hice sentarse y le di el pañuelo con jabón para que se lavara ella misma los pies pues el asco que sentía era insoportable. Las arcadas se sucedían y me sentía fatal. Salí de la habitación, y me dije a misma: “No puedo soportar estas náuseas. Le diré al padre Godofredo que esto es demasiado difícil para mí, demasiado”. Estaba a punto de irme, cuando la mano de mi nuevo amigo me empujó suavemente en el hombro y me guió hacia la habitación. Pensé de inmediato: “¡Jesús ha firmado el contrato! He de cumplirlo lo mejor que pueda”.

Volví a la habitación y encontré a la pobrecita concentrada en lavarse los pies con el pañuelo enjabonado, que ahora estaba totalmente negro. Cambié el agua, horriblemente negra y espesa. Los pies deformes estaban llenos de heridas. Las uñas eran demasiado largas y estaban llenas de suciedad. Doña María se secó los pies con un trapo que no estaba muy limpio. ¡Ay!, debía cortarles las uñas de las manos y de los pies, y traje las tijeras. Quise empezar por las manos. Empecé, pero el asco superó a mi buena voluntad. El vómito salió rápido, sin tiempo para contenerlo, manchándome el vestido. Sin embargo, mi nuevo Amigo puso su santa mano sobre mi cabeza.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano le corté las enormes uñas de las manos y de los pies. Solo me faltaba el pelo. Observe aquella cabeza, tan desgredada, y perdí el ánimo. Sin embargo, la mano de mi nuevo amigo continuaba reposando sobre mi cabeza, como acariciándome. Moje los dedos con la brillantina, y cuando me dispuse a frotarle el pelo, ese pelo tan sucio y maloliente, vomité por segunda vez. Mis manos, grasientas con la brillantina, me causaban una repugnancia extrema. No sé describir lo que sentí mientras le arreglaba el pelo a la mendiga. No puedo decir lo que vi en aquella miserable cabeza, que más parecía de un animal inmundo que de un ser humano.

Finalmente acabé. Ahora doña María podría ponerse la ropa limpia. Le dije que se cambiara de ropa mientras yo me limpiaba mis manos grasientas, que me daban náuseas. Cuando volví, le pedí que se pusiera las medias nuevas y las zapatillas. El vestido de mi madre le quedaba bastante bien, solo que un poco grande. Entonces le dije: “Ahora está usted limpia y guapa: ya puede comer pan y mermelada”. Estaba mansa como un corderito, y todo le hacía reír y reír, pobrecita.

Me fui corriendo a casa. Mi aspecto me avergonzaba, tan sucia y desarreglada estaba. La mano de mi ángel permaneció sobre mi cabeza durante todo el día y me parecía estar en el cielo. Ese mismo domingo el padre Godofredo visitó a la mendiga y el sábado en la confesión me dijo: *El buen Jesús no se arrepiente de haber firmado nuestro contrato. Está muy contento con su amiguita. La mendiga tiene ahora el alma limpia y el lunes recibió la sagrada comunión.* Al siguiente domingo, cuando llegué a casa después de la misa, me sorprendió la noticia de la muerte de doña María, la mendiga. Cada vez que rezaba por su alma, mi ángel posaba suavemente su santa mano sobre mi cabeza. Esto sucedió durante largo tiempo. Finalmente dejó de hacerlo y pensé: Doña María ya se ha ido al cielo ²⁹.

LA BOTELLA DE QUEROSENO

Un día me encontré en la calle a una pobre negrita, más o menos de mi edad. Estaba sucia y harapienta y lloraba junto a los trozos de una botella de queroseno que estaban derramados por el suelo. Ella me dijo: *He ido a comprar una botella de queroseno para mi vecina, porque me ha prometido algunos céntimos. Y ahora ni tengo dinero para comprar queroseno ni recibiré los céntimos y mi madre me va a pegar.* Tenía tres cruzeiros y le dije: *Espérame aquí. Voy corriendo a la farmacia y pedir cambio y te daré el dinero para que compres queroseno, pero no llores más.* Volví con el cambio y le pregunté a la

²⁹ Ib. pp. 117-122.

chica por el precio del querosene. Me respondió: *Sesenta céntimos, pero la botella también era de mi vecina. Costará otros veinte céntimos.* Le dije: *Te voy a dar 80 céntimos para tu vecina y los otros 70 céntimos para ti.* Cuando puse el cruzeiro y medio en la mano de la negrita; sentí la mano de mi ángel sobre mi hombro. Dándome cuenta que mi nuevo amigo quería algo de mí, le dije: *Espera.* Y pensé: *Renunciaré al chocolate como sacrificio para nuestra Señora y le daré el dinero a ésta chica,* Le di los 3 cruzeiros y la chica exultó de alegría. Miré a mi ángel y no recibí la dulzura que esperaba. Entonces oí que me susurraba: *No solo el dinero del cambio, sino también te privarás del diábolo* (que tanto deseaba comprar) para darle todo el dinero a la negrita.

A ella le dije: *Te doy todo el dinero que llevo y también el dinero que papá me da cada mes.* Durante todo aquel año hasta diciembre, le di a esta pobre chica mi preciada paga. Después ella se fue con su familia a la ciudad de Pelotas. En recompensa, recibí otra paga incomparablemente más preciada: la dulzura de mi ángel ³⁰.

LA FIESTA DEL ESPÍRITU SANTO

Cada año, cuando se acercaba la fiesta del Espíritu Santo, que era el patrón celestial de Jaguarao, salía por las calles con la “Bandera de lo divino”, como la llamábamos a la imagen, haciendo una colecta para cubrir los gastos de la fiesta. El día en que la Bandera iba a visitar el cuartel, el coronel envió un cabo con la ordenanza de que la Bandera se diese la vuelta, pues no sería recibida en el cuartel. Esta noticia se conoció en todas partes. Mi padre criticó esta acción de su amigo el coronel. Una noche lloraba desconsolada por este desplante al Espíritu Santo, cuando la mano de mi ángel se posó con celestial suavidad sobre mi cabeza como prometiéndome auxilio. Mis lágrimas cesaron y aquella dulzura llenó mi corazón de tal manera que me olvidé de que estaba en la tierra y me creía ya en el cielo.

Por la mañana, cuando desayunaba, la mano del ángel se posó sobre mi cabeza como acariciándome y escuché su voz: *Estos pobres soldados de fe sencilla han sido privados del placer de dar su limosna y de recibir con la santa visita la bendición del Espíritu Santo.* Entonces pensé: Debo pedirle una limosna a cada soldado con el que me encuentre y le daré a besar la medalla del Espíritu Santo, que recibían la fiesta del año anterior. Después pensé: ¡Qué vergüenza voy a pasar, parando a los soldados por la calle y pidiéndoles dinero! Pero por alegrar al Espíritu Santo, me decidí a hacerlo y a comenzar ese mismo día.

³⁰ Ib. pp. 124-125.

Por la tarde pedí permiso a mamá. Fui y me puse en una esquina. Vi venir al primer soldado. ¡Cuánta vergüenza tenía! Sin embargo, la mano de mi nuevo amigo reposaba suavemente sobre mi hombro. La amabilidad del soldado me animó y le dije: *Siento mucho que el coronel no haya permitido la entrada de la Bandera de lo divino en el cuartel y los pobres soldados no han podido ni dar su limosna ni besar la bandera. Voy a pedir a todos los soldados que me encuentre una pequeña moneda para juntar muchas y llevárselas al vicario antes de la fiesta.*

El buen soldado me respondió: *Con mucho gusto. Aquí está.* Y me dio, no una pequeña moneda, sino un cruzeiro entero. Esto me puso muy contenta y en mi felicidad regalé mi medalla al generoso soldado. Ese día conseguí 30 cruzeiros y algunos centavos. Ninguno de los buenos soldados me dio una moneda pequeña, sino que cada uno me dio al menos un cruzeiro y algunos hasta billetes de dos cruzeiros. Quise cambiar las monedas por un billete nuevo y bonito. Quería un billete, pero no había billetes de 30 cruzeiros. Debía ser de 50 cruzeiros. Entonces se me ocurrió una idea. Si no me compro los zapatos blancos para el día de la fiesta con los 20 cruzeiros que mi padre me había dado para los zapatos, completaría los cincuenta cruzeiros y tendría un bonito billete. Pero no me animé y decidí comprar los zapatos y medias blancas.

En el momento en que abrí el cajón para coger el dinero de la colecta, la santa mano de mi ángel se posó sobre mi hombro. El esperaba algo de mí. Entendí que debía renunciar a mis zapatos blancos. Fui a papá y le dije que no quería comprar los zapatos y le pedí quedarme con el dinero. Y accedió. Fui a la tienda del señor Cerqueira y le pedí un billete nuevo de 50 cruzeiros. Después lo puse en un sobre y lo cerré. Escribí: *Limosna de un grupo de soldados para la fiesta del Espíritu Santo*, y lo llevé a la parroquia. Fui a la fiesta con zapatos negros, pero como recompensa recibí la dulcísima visita de nuestro Señor, que me demostró estar muy contento y disfruté de la dulzura de mi ángel hasta el octavo día de la fiesta grande ³¹.

EL HOMBRE DE NEGRO

Durante el carnaval de 1915, cuando paseaba con mis amigas, solo hablaban de sus maravillosos disfraces. Yo también me entusiasmé con el carnaval. Era mi estreno social. Mi tía se encargó de preparar mi disfraz de pequeña apache. Me dijo: debes participar en la polonesa con tu grupo, ya eres una señorita. En el carnaval se desató una enorme rivalidad entre los dos clubs, el Armonía y el Jaguareense. Cada uno quería superar al contrario... Finalmente me

³¹ Ib. pp. 127-131.

pusieron en un coche con dos chicas a las que no conocía. Iban disfrazadas de chinas. Empecé a sentirme mal. El gas o el humo de las bengalas me asfixiaba. Además, quería estar con mis amigas y no con esos chicos desconocidos. Empecé a preocuparme por la polonesa de la que mi tía me había hablado y que no sabía cómo bailar.

Llegamos al club. Los que íbamos disfrazados fuimos entrando. Buscaba ansiosa una cara conocida. Estaba angustiada y, sin darme cuenta, grité en lo profundo de mi alma: *Mi nuevo amigo*. Como si fuera una respuesta, escuché un *Señorita*. Me di la vuelta y vi un hombre vestido con un disfraz de satén negro y una máscara de media cara de terciopelo negro. Me pidió ser mi pareja diciendo: *Señorita, formemos para la polonesa*. Le dije: *Nunca he bailado la polonesa*. El me respondió: *Señorita, no tenga miedo a equivocarse. Yo le enseñaré, será un gran honor ser su primer profesor de baile*. La música comenzó. Sentía que bailaba desacompañada. Sin embargo, mi profesor desconocido me animaba con su destreza y naturalidad. En un momento del baile, cuando entrábamos en el segundo salón, las parejas se separaban. Me salí e intenté localizar a mi tía o a Gizelda. Una vez más vi al hombre de negro, que se había ganado mi confianza, venir hacia mí.

Me alegré, pues este desconocido era mi único conocido. Me ofreció el brazo y me dijo: *Yo le acompañaré, soy su pareja*. De pronto, me dijo: *Espéreme aquí, voy por mi coche*. En pocos minutos volvió y dijo: *Vamos, señorita*. Cuando llegamos a la puerta principal, él me ofreció su mano. Al mismo tiempo sentí que mi mano izquierda era agarrada por otra mano amiga. Me vino a la memoria la aterradora escena de 1905 con aquel enorme enmascarado de ojos centelleantes. Aterrorizada, miré la cara de este hombre y vi que sus ojos centelleaban de la misma manera. Su mano enguantada agarraba la mía y tiraba con fuerza para que bajara las escaleras. Por su lado, la santa mano de mi ángel lo impedía, tirando de mí hacia atrás. El hombre de negro me paralizaba de terror. Entonces, el hombre me habló, pero no con modos de caballero: *Vámonos ya y deprisa*. Me dio un tirón fuerte para que me moviera sin conseguirlo y con una frase entrecortada me soltó y bajó corriendo los escalones, desapareciendo en la calle.

La santa mano de mi nuevo amigo se posó ahora sobre mi hombro, no con fuerza, sino suave y amistosa. Miré su rostro y encontré la dulzura que constituía mis delicias.

Volví tranquila al salón y me encontré con mi tía, que me estaba buscando. Mi abuela también estaba con ella. Entonces un turista me invitó a unirme a la cuadrilla y mi abuela me dijo que aceptara. El turista no llevaba máscara. Formé para la cuadrilla y mi ángel formó también para la cuadrilla

junto con su amiguita, la miserable criatura a la que debía proteger y guiar. Cuando acabó la cuadrilla, el turista me llevó de nuevo con mi abuela. Los días siguientes no tuve interés en ir a los bailes por la noche. Solo me acerqué por la tarde al desfile, pero ningún hombre de negro se me acercó ³².

LOS ESTUDIOS

En el colegio casi siempre obtenía la segunda posición. Solo dos veces fui la primera y es que tenía una compañera, Elena, tan inteligente como aplicada y buena, y el primer lugar era siempre para ella de modo merecidísimo. Un día papá me dijo: *Si ganas el primer puesto, recibirás un bonito regalo y le darás una gran alegría a tu padre.* Le dije: *Tengo que conseguirlo.* Me esforcé, estudié con ahínco y siempre llevaba las lecciones bien preparadas. Al empezar a estudiar, le pedía cada día a mi nuevo amigo que me ayudara. Incluso le rezaba a nuestra Señora y hacía novenas para obtener el primer lugar. Un día amanecí con fiebre y me tuve que quedar en cama. Tenía paperas y perdí dos semanas de clase. Al recuperarme, tuve que estudiar el doble y los exámenes estaban a la puerta. Estudié y estudié. Todo recuperado. Estaba al día en todos los temas con excepción de uno sobre la guerra de Troya. No tuve tiempo suficiente para prepararlo y estaba cansada. Además el tema era larguísimo. Llegaron los exámenes. Estaba segura que lo conseguiría.

Metí la mano en la caja para escoger al azar el tema y salió la guerra de Troya. Fue una decepción tremenda. Entonces alguien me tiró de mi uniforme. Era M. que también temblaba, nerviosa. Me dijo: *Yo me sé la guerra de Troya mejor que la que me ha tocado, que era Guerras médicas.* Ese tema era para sacarme diez (máxima nota). En ese momento, cuando consideraba la propuesta, siento en mi hombro la mano de mi ángel y pude razonar con claridad. Sería una bajeza hacerlo y le respondí a M. que no.

Elena consiguió el primer puesto y yo fui la cuarta, ya que no escribí nada sobre la guerra de Troya salvo algunas frases sin mucha conexión. La guerra de Troya estropeó mi boletín: saqué cero en historia universal. Cuando hundida le enseñé el boletín de notas a papa la santa mano de mi ángel descansaba sobre mi hombro. No recibí el regalo de mi padre, pero la dulzura de la cara de mi nuevo amigo significó para mí mucho más que los regalos más valiosos del mundo. Y, si no pude darle esa alegría esa vez, más tarde pude hacerlo muchas veces, cuando Elena se fue a Cruz Alta ³³.

³² Ib. pp. 133-136.

³³ Ib. pp. 137-139.

EL ENGAÑO

Un día de 1916 Alicia me dijo en el recreo: *Vamos al club esta tarde a las cuatro para ver el desfile de los boy scouts*. Respondí: *Qué pena que el desfile sea a esa hora. Tengo mucho que estudiar y eso me llevará dos horas aprendérmelo todo*. Alicia me respondió: *Eres una ignorante. Yo tengo que estudiar tanto como tú, pero nunca estudio, solo hago los deberes que hay que escribir. Por la noche, cuando voy a la cama, colocó el libro con la lección del día siguiente bajo mi almohada y al día siguiente me sé la lección perfectamente*.

Mi sorpresa fue absoluta. Le pregunté: *¿Cómo a veces no te sabes la lección?* Ella dijo: *Porque a veces no pongo el libro debajo de la almohada*. Prueba hoy. Mañana te sabrás las lecciones mejor que nunca en tu vida. Te lo garantizo. Se lo agradecí y le prometí darle la mejor de mis colecciones de estampas. Pude ir al desfile de los boy scouts. Todo fue a las mil maravillas. Vimos el desfile y al acabar fuimos a dar una vuelta en automóvil con Isabel y Laura. Estaba muy contenta. Aquella tarde me lo había pasado fenomenal y al día siguiente me sabría las lecciones mejor que nunca. Saqué de mi caja de estampas la colección que le había prometido a Alicia y preparé el paquete con esmero.

A la hora de acostarme, sin haber leído una sola de las lecciones, coloqué muy contenta el catecismo y los libros de literatura y geografía debajo de la almohada. Me dormí con grandes expectativas para el día siguiente. Fui al colegio, llevando mi regalo para Alicia como prueba de gratitud. A la primera pregunta, todas levantaron la mano para responder y yo no la sabía. A la segunda pregunta, pasó lo mismo y también a la tercera. No puedo describir mi decepción. Alicia sonreía con ironía. No pude responder ni una palabra. Bajé la cabeza y solo con esfuerzo pude contener las lágrimas. La hermana Clementina me preguntó si estaba enferma. Yo lo negué. Preguntó a Alicia y supo responder. A mis 16 años nunca había pensado que alguien pudiera engañar a otro, aunque fuera en broma. En el recreo Alicia me dijo: *Nunca pensé que eras tan ingenua. Mira que eres boba al creerte lo que te dije*. Alicia me había engañado, me había mentido y se estaba riendo de mí y me dijo que no renunciaba a las estampas que le había prometido.

Pensé: Si no fueran estampas religiosas, las habría roto en mil pedazos. En ese momento la mano de mi ángel se posó sobre mi hombro y entendí que deseaba que ofreciera el paquete a Alicia. Así lo hice con esfuerzo. Alicia lo aceptó riéndose y me lo agradeció con ironía

Cuando llegó la clase de literatura, la experiencia anterior se repitió, pero en esa ocasión la dulzura de mi ángel consolaba mi alma y no sufrí más. Les conté a mis padres lo que me había pasado, pero parece que seguí siendo igual de inocente en otras ocasiones ³⁴.

CARNAVAL DE 1916

El carnaval de 1916 se acercaba y era costumbre en Jaguarao hacer bailes de anuncio, cuando se aproximaban las fiestas. Grupos de muchachos y muchachas, normalmente disfrazados de hombres negros, asaltaban en broma los clubs o las casas de diferentes familias y el baile empezaba. Aquel día el lugar *asaltado* fue el Club jaguarense y yo fui por el entusiasmo de mis amigas. Fui al Club vestida de dominó con un disfraz amarillo. Se acercaron dos chicos para invitarnos a bailar, uno invitó a mi amiga y otro a mí. Yo todavía no sabía bailar bien y así se lo dije. Él me dijo que yo bailaba muy bien y bailó un rato conmigo. Finalmente le dije que estaba cansada y que quería volver a mi sitio, pero el chico me llevó al bar, escogió una de las mesas vacías, y pidió algo de beber. Acepté la bebida que me ofreció. Pensé que sería de mala educación rehusar y acepté e hice de llevarme el vaso a los labios. No llegaron a mojarse, pues sentí mi brazo suavemente sujetado por la mano de mi ángel. El chico insistió, pero dada la oposición de mi ángel entendí perfectamente que no sería de mala educación rechazarla. Dije: *Muchas gracias, pero no suelo tomar más que una copa de cualquier bebida*. Él respondió que el vaso era muy pequeño. Sin embargo, la mano de mi ángel estaba sobre mi hombro.

Estoy segura de que, si mi nuevo amigo, el ángel, no me lo hubiese impedido, habría bebido tantas copas como aquel joven me hubiera ofrecido. Mi nuevo amigo permaneció con su santa mano sobre mi hombro durante todo el tiempo que pasé en la mesa con aquel chico. Su santo rostro aparecía con una severidad plácida, pero triste. Entendí por ello que le desagradaba que siguiera allí con el chico. Por eso, sin dar ninguna explicación me levanté y le dije a mi pareja que me volvía al salón. Él quiso acompañarme, pero le dije que prefería volver sola y así lo hice ³⁵.

UN LIBRO MALO

El año 1917 empezó una nueva etapa en mi vida. Fui víctima de violentos escrúpulos y juzgaba haber actuado mal en cualquier acción. El horror al pecado

³⁴ Ib. pp. 139-143.

³⁵ Ib. pp. 145-146.

aumentó considerablemente en mi alma y creo que fue esa la causa de que pudiera atravesar sin daño esa difícil fase de mi juventud. Para pasar el tiempo libre, me refugiaba en la lectura. Los sábados iba a la biblioteca y cogía la lista de libros. Entonces le pedía a mi nuevo amigo que eligiera el libro para mí. Yo cerraba los ojos y con el dedo sobre la columna de la lista escogía uno al azar. Un sábado la biblioteca no pudo atendernos y nos quedamos sin libro. Al llegar a casa, eché de menos la lectura. Me acordé de una de mis amigas a la que le gustaba mucho leer y que siempre tenía muchos libros. Le mandé una nota pidiéndole que me eligiera un libro interesante y que me lo enviara. Tal era mi ansiedad por leer que se me olvidaron mis temores y en aquella ocasión no los tuve en cuenta. Al poco recibí un bonito volumen nuevo titulado *Las vestales*.

Tenía la costumbre de leer en mi habitación, así que, sintiéndome muy afortunada, me fui para allá. Me senté y tomé el libro. Apenas hice por abrirlo por la primera página, cuando la santa mano de mi nuevo Amigo se apoyó en la mía, de modo que el libro se cerró y se cayó al suelo. Miré su santo rostro: triste y serio. Entendí entonces que no debía leer aquel libro.

Mi alma se llenó de un gran arrepentimiento, pues había cogido, por primera vez, un libro sin haber consultado antes a mi nuevo Amigo, como había sido mi costumbre tras la marcha del padre Godofredo. Me arrodillé y pedí perdón a nuestra Señora y a mi nuevo amigo. Lloré lágrimas de verdadero arrepentimiento. Tras unos momentos, con la cabeza sobre mi cama, mientras lloraba, sentí de nuevo la santa mano, como acariciándome. Entendí bien lo que mi nuevo amigo quería decir, tan habituada estaba a Él. Volvía a estar contento con su pobre amiga arrepentida. Su santo rostro ya no estaba triste. Era mi Cielo aquí.

Con los ojos cerrados recogí el libro. Lo envolví y se lo envié de vuelta a mi amiga, diciéndole con franqueza que me había acordado de que no debía leer ningún libro sin permiso de mi confesor. Amén ³⁶.

FUEGO EN LA NOCHE

Papá estaba aún en la colonia militar del Alto Uruguay. En aquella colonia no había casas de construcción permanente y antes de ir allí el gobierno encargó la construcción de una casa de madera barnizada, que fue amueblada. Papá vivía solo (pues nosotros estábamos siempre en Jaguarão), con la cocinera y otra criada que cuidaba de la casa y un ordenanza.

³⁶ Ib. pp. 148-150.

Yo era incapaz de dormir por la noche sin rezar un rosario entero por papá, si no había hecho ningún “gran” sacrificio por él. Antes de dormirme, mi última petición a mi nuevo amigo era invariablemente esta: “Oh, mi nuevo amigo, en cuanto me quede dormida, ve a papá y cuida de él, junto a su nuevo amigo”. Solo entonces me dormía en paz.

Un día me sentía más sola de lo habitual ante la ausencia de mi padre. Seguí ofreciendo pequeños sacrificios por él y le ofrecí varios rosarios a nuestra Señora por él. Sólo pensaba en él. Aquella noche le pedí a mi ángel que se fuera con papá ya antes de acostarme. Cuando ya era tarde y todos estaban dormidos, me desperté pensando en mi padre. Como no tenía sueño, se me ocurrió rezar el rosario por mi padre, pero en la cama, pues el frío no me animaba a levantarme y ponerme de rodillas.

Empecé la primera parte del rosario, pero no llegué a rezar tres avemarías. Un fuerte impulso me hizo levantarme: debía rezar de rodillas. Lo hice. De rodillas al pie de la cama, recé con la mayor devoción de la que mi alma era capaz, con la firmísima convicción de que papá necesitaba mis oraciones. No solo recé los cinco misterios del rosario, sino que después rece un rosario con la oración “Recuerda que a ti pertenezco” y otro con la oración al santo ángel.

Mi nuevo amigo no se había manifestado hasta entonces. No le echaba de menos, pues le había pedido que estuviera con papá. Al acabar el rosario de oraciones al santo ángel, empecé otro de glorias, tan fuerte era mi deseo de rezar, a pesar del intenso frío que sentía, de la oscuridad y el silencio reinantes. Al acabar diez glorias sentí la santa mano de mi nuevo amigo sobre mi cabeza, como acariciándome, como si me dijera: “Basta. Papá está a salvo”. (Lo sentía así, con convicción). Volví a la cama y en poco tiempo, llena de paz, de santa paz, me quedé dormida.

Pasados algunos días, mamá recibió una larga carta de papá, con algunos recortes de periódico en los que se relataba el caso. Papá había arrestado a un soldado por una falta de disciplina. Cuando su periodo de arresto terminó, fue puesto en libertad. Dos o tres noches después (exactamente la noche en que me había levantado para rezar) papá se despertó con el ruido de violentos estallidos dentro de la casa y se vio rodeado por un intenso resplandor. Viendo que la casa estaba en llamas, saltó de la cama. Quiso ir a la habitación contigua para rescatar algunos papeles importantes. ¡Imposible! Las llamas lo devoraban todo, era estremecedor. Intentó pasar a través de la otra puerta, pero era igual. Las llamas lo rodeaban todo.

Corrió entonces hacia la ventana, pero el fuego o el calor parecían haberla arqueado y no pudo abrirla. De repente, sin embargo, hubo un fuerte estallido y se abrió la ventana, con las llamas ya lamiendo sus hojas y papá consiguió escapar justo a tiempo.

Papá dio entonces la señal de alarma, y vino ayuda. Se abrió una investigación y el caso fue puesto al descubierto. El pobre soldado confesó que, como venganza, había prendido fuego a la casa.

He narrado este hecho porque tengo la firme convicción de que fue mi nuevo amigo quien salvó a papá. Hasta creo que fue él quien abrió la ventana para que papá se salvara. Como era mi costumbre, sin que sepa explicarlo, no le conté a nadie lo sucedido aquella noche de los rosarios. Sólo sé que mi nuevo amigo, el ángel, me dejó rezando cuando fue a salvar a papá y que, cuando puso su santa mano sobre mi cabeza, papá ya estaba a salvo ³⁷.

UN VISITANTE BORRACHO

Un año después del fuego en la colonia militar, el gobierno la disolvió y vendió aquella propiedad. Mi padre fue a Porto Alegre, pero nosotros permanecemos en Jaguarao. Mamá acostumbraba a visitar a nuestra abuela todas las noches después de la cena. Mis hermanos siempre acompañaban a mi madre, mientras que yo me quedaba en casa con Conceição, Acacia y Abelino (el soldado que papá había traído de Santa Vitoria). Siempre tenía yo mucho que estudiar, pues era muy lenta para hacer la tarea y la tarde no me era suficiente.

Era una noche de verano. Estaba estudiando en la gran veranda de delante de la casa, que quedaba tras el pasillo de la entrada. Todo estaba abierto, el portón de la calle y la puerta que daba a la veranda. Estaba estudiando en la punta de la mesa grande que había en el centro de la veranda. Me sentía sola por la ausencia de mi padre. No podía habituarme a ella, a pesar de sus frecuentes visitas. De vez en cuando miraba hacia la silla en la que, si mi padre estuviera en casa me haría compañía leyendo los periódicos. Entonces me invadió un gran deseo de ver a mi padre.

Estaba tan absorbida en mis estudios que alguien entró sin que me diera cuenta y se puso en el extremo opuesto de la mesa. Elevé la vista y la sorpresa y el terror hicieron que la voz no pudiera salir de mi garganta y mis miembros quedaran como paralizados. Quería gritar y huir, pero no podía. El hombre parecía estar borracho, porque se mantenía en pie, apoyándose en la mesa con

³⁷ Ib. pp. 151-153.

las dos manos. Vestía a la gaucha, como generalmente visten tales hombres en Jaguarão. Era alto y fuerte, su rostro malvado y su mirada de tonto. Colgando del cinturón, vi la vaina de un cuchillo.

No puedo decir cuánto tiempo estuvo mirándome a mí y yo a él, pero fue muy breve. Entonces intentó acercarse mí, rodeando la mesa y apoyándose en ella. Habló en uruguayo (muy común en Jaguarão, cerca de la frontera uruguaya): “Si hablas, te estrangulo”. El terror me invadía y solo con gran esfuerzo logré decir a media voz: “¡Mi nuevo amigo!”. Su santa mano se apoyó en mi hombro. El terror que me había paralizado desapareció como por encanto. Pude ponerme de pie para llamar a Acacia y el hombre huyó, derribando una silla.

Me paré entonces, y observé el santo rostro de mi ángel. ¡Estaba serio! ¡Ah!, entonces entendí y me di cuenta de mi falta. Poco después de que mamá saliera, le pedí a Abelino que fuera a comprarme chocolate. Se negó en redondo, diciendo que debía permanecer en casa en ausencia de mi madre. Pero yo, que no estaba acostumbrada a recibir negativas, tanto insistí y tantas razones le di (“anda, Abelino, que es solo una carrerita”, “que todavía es pronto”, “si a mamá no le va a importar”, “está cerca” que al final el buen Abelino, aunque muy contrariado, fue para allá. Cuando volvió, el intruso, ya había huido.

No le conté a Abelino lo que había ocurrido. No porque deseara ocultar mi falta, sino porque él, siempre tan recto y cumplidor de sus deberes, se afligiría en exceso y se acusaría a sí mismo. Además mamá le reñiría.

Cuando Abelino volvió, el arrepentimiento que ya sentía se hizo aún más grande. Cuando me entregó el paquete de chocolate me dijo: “He ido y vuelto casi corriendo, estaba muy preocupado. No me pida hacer esto otra vez. Así no merezco la confianza que doña Antoninha deposita en mí”. Casi no pude contener las lágrimas, que se me saltaban. Apenas pude decir: “Gracias, Abelino”. No toqué el chocolate. Al día siguiente se lo ofrecí a Abelino, pero no lo aceptó. Entonces se lo di a Acacia y a Conceição.

Aquella noche no tomé té, como era mi costumbre, sino que me retiré pronto. Antes, con sincero arrepentimiento, le pedí perdón a nuestro Señor y a mi nuevo amigo, que siempre me perdonaban. Lloré de arrepentimiento, y cuando las lágrimas pararon, miré hacia el santo rostro de mi nuevo amigo. Percibí aquella “dulzura” que me hacía olvidarme de todo y me llenaba de verdadera paz. Al día siguiente, sin esperar al sábado, fui con otra compañera a la parroquia, donde me confesé. Nuestro Señor me perdonó. Los únicos que

supieron de este suceso fueron nuestro Señor y mi nuevo amigo, y aquí en la tierra, el padre confesor. Amén ³⁸.

SUPUESTA BELLEZA

En 1918 las hijas de María preparamos una representación teatral. El papel que me tocó fue el de Cornelia, dama romana de deslumbrante belleza. Acepté el papel con naturalidad sin ser consciente de que era fea. La dama romana que yo representaba era de gran belleza y también muy orgullosa, pues dominaba a todos. Los ensayos se sucedieron sin dificultad y llegó el día de hacerlo con vestuario. Tenía todo lo que necesitaba: anillos, brazaletes, pulseras, una preciosa diadema de perlas y grandes pendientes al estilo romano. En los pies llevaba unas sandalias de satén blanco con remaches de oro. Las otras chicas alababan mi presencia. Me pusieron frente al espejo y me quedé satisfecha con mi supuesta belleza. Casi no me reconocía. Oí tanto sobre lo guapa que estaba que, mientras me miraba de nuevo en el espejo, pensaba: Voy a comprar agua de lirio y el resto de cosas que Vicky ha usado. Así podré estar siempre tan guapa como hoy. Apenas se me había ocurrido esta idea, cuando una santa mano muy conocida se puso sobre mi hombro. Su santo rostro estaba dolorosamente triste. Entonces lo entendí todo. En medio del griterío de voces y risas, vestidos y flores, experimentaba una pena y arrepentimiento enormes. Había entendido aquella voz amiga: *Si fuera tan guapa como aparecía entonces, mi alma estaría horriblemente deformada.*

Esa lección fue muy saludable para mí. Nunca después tuve la ocasión de verme guapa y nunca más me preocupé de parecerlo. Y le he dado gracias a Dios a menudo por ser fea, pues sé que si fuera guapa, mi alma sería fea. Unas dos semanas después del mencionado festival vino el obispo de Pelotas y repetimos la representación para su excelencia. Esta vez me opuse al ingrediente del maquillaje. Solo usé un poco de polvo de arroz y porque la hermana Clementina me lo mandó. Antes de comenzar la actuación doña Honorina me trajo el espejo. Entonces la santa mano de mi ángel se posó de nuevo sobre mi hombro y la dulzura de su rostro deleitó mi alma ³⁹.

SUPERANDO LAS BURLAS

En 1919 doña Sara organizó una fiesta familiar por el cumpleaños de su hijo. Estábamos entre los invitados. Estaba contenta. Los coches de los invitados formaban una continua hilera que recorría la carretera de la ciudad a su granja.

³⁸ Ib. pp. 153-155.

³⁹ Ib. pp. 159-162.

Había allí también algunas chicas de campo. Me encantaban aquellas chicas, porque eran alegres y joviales, buenas y sinceras. Entre aquellas chicas había una de unos 17 ó 18 años que era estupenda. Cuando empezó el baile, un joven la sacó a bailar. La pobrecita no bailaba, solo daba algunos pasos desacompañados, provocando la risa de los asistentes. Todos querían reírse de ella y los mozos de la ciudad la sacaban a bailar. Ella estaba contenta y aceptaba siempre. Los asistentes se reían a su costa. Yo sentí mucha pena por ella y por casualidad se sentó a mi lado.

Después se anunció la polca del bastón. Consistía en formar muchas parejas (una chica y un chico), pero entre ellas debía haber un chico o chica de más. Se ponía con un bastón en la mano en medio de la sala rodeada de las demás parejas y comenzaba la polca y las parejas se ponían a bailar. A una señal, la chica del bastón lo dejaba en el suelo y las parejas debían separarse. Los chicos debían ponerse a la derecha y las chicas a la izquierda. La chica que había dejado el bastón podía irse con el grupo de las chicas. A la tercera señal ambos grupos cambiaban de lado, las chicas iban al de los chicos y viceversa. A la cuarta y última señal los dos grupos se unían y cada uno tenía que buscar pareja, el que no la encontraba no tenía más remedio que quedarse con el bastón. Y siempre era esa sencilla campesina la que se quedaba con el bastón, mientras las parejas se reían. En una pausa, la mano de mi ángel se posó sobre mi hombro y estaba triste. Me daba a entender que se compadecía de aquella chica y quería que yo ocupase su lugar. Sentí inmediatamente la insoportable humillación de las burlas, cuando apareciera en la sala con el bastón en la mano. El rostro de mi nuevo amigo el ángel, permanecía inalterable. Fue un gran sacrificio. Cogí el bastón. Cuando todos encontraron pareja, me encontré sola con el bastón en medio de la sala, rodeada de parejas que se reían de mí. No sé qué triste imagen daba, solo sé que se reían de mí y que me tocaba el papel de bufón de palacio. La humillación fue muy grande, pero ese momento pasó. A la señal dejé el bastón en el suelo y no fui más al centro de la sala; porque la polca del bastón se acabó. Y allí en medio del baile mi ángel deleitaba mi alma con su dulzura. Amén ⁴⁰.

TIEMPO DE PRUEBA

María Antonia nos dice: En 1920 comenzaron las decisiones e indecisiones sobre mi vocación. Nunca había dudado hasta entonces de lo que había decidido el día de mi primera comunión, confirmado después por las explicaciones de mi director espiritual. Este año, sin embargo, trajo auténticas batallas espirituales, en las que no era capaz de discernir bien. No tenía a quién recurrir. Las hermanas, aquellas santas amigas que tuve durante mi infancia y

⁴⁰ Ib. pp. 163-165.

juventud, ya no estaban en Jaguarao. Luchaba y luchaba alternando firmes decisiones con momentos de debilidad en los que me echaba para atrás. Si acudía a las fiestas era por pura conveniencia social. Papá me repetía: Es importante no apartarse de la vida social, siempre y cuando esté bien ordenada por la moral. Mis dos hermanas no iban a las fiestas (estaban enfermas) y siempre era yo la que tenía que ir a las veladas, comidas, bailes etc. Y en medio de estas reuniones sufría amargamente.

En ese tiempo se fundaron dos sociedades deportivas. Fui invitada por ambos equipos. Me decidí por el Cruzeiro del Sur. Un domingo se jugó un partido importante. El campo reventaba de gente. Las chicas llevaban en el pecho el distintivo de su equipo. En un momento en que aplaudía con emoción una gran jugada de mi equipo, en medio de aquel alboroto de música, vivas y risas, aquella mano amigo del ángel tocó levemente mi hombro. En un instante lo aborrecí todo y mi alma sufría ansiando su ideal. Y así sucedía siempre. En el momento en que parecía alegrarme en medio de aquello, era como si la santa mano tirara abajo todo aquel placer pobre, mediocre e insípido. Así pasaron los años 20 y 21 hasta que me decidí ⁴¹.

Su Autobiografía termina con estas ideas. Una hermana religiosa que la conoció en el convento refiere lo siguiente:

Desde los 18 años hasta los 26 Cecy Cony se dedicó a dar clases particulares. Solo en 1925 conoció de modo claro la voluntad de Dios sobre su vocación y no dudó más. Se despidió de sus padres y siguió la llamada de Jesús, su esposo divino. Entró en 1926 en el convento de las hermanas franciscanas de la penitencia y de la caridad cristiana en la ciudad de San Leopoldo.

VIDA RELIGIOSA

Sus hermanas religiosas notaron desde el principio un profundo recogimiento en la oración. Cuando se estaba preparando para tomar el hábito y comenzar el noviciado, el Señor le dio a entender que todavía no estaría entre las privilegiadas que lo iban a recibir. Fue para ella un momento doloroso, pero se recuperó y en lo profundo de su alma pronunció un humilde Fiat (hágase la voluntad de Dios). Refiriéndose a esto escribió en 1937: En la sagrada comunión, con el corazón sangrando, le dije a nuestro Señor que hiciese de mí lo que quisiera, siempre que no cometiese ningún pecado voluntario y lo amase cada vez más.

⁴¹ Ib. pp. 167-168.

El 18 de enero de 1927 recibió la noticia del inesperado fallecimiento de su idolatrado padre. El golpe hizo flaquear sus fuerzas físicas. Enfermó y tardó varios días en recuperarse. Esto hizo que surgieran algunas dificultades para su admisión y tuvo que dejar el convento. Nuestro Señor la consoló en la comunión, prometiéndole que un día habría de recibir el hábito franciscano. Y así sucedió. Pudo reingresar como postulante ese mismo año 1927, la víspera de la fiesta de la Inmaculada Concepción. Cuando recibió el manto de postulante, su alma recibió por sorpresa la presencia sensible de Jesús al igual que en la comunión, gracia de la que disfrutó de modo ininterrumpido durante varios meses.

El 17 de febrero de 1928 recibió el velo blanco de novicia y entró al noviciado. Cada día repetía según consejo de su director espiritual: Jesús mío, no permitas que jamás me muestre desagradecida por tantas finuras de amor con las que me has ligado a ti y obligado a amarte. Me ofrezco a ti para ser privada de todo consuelo espiritual y recibir todas las cruces que quieras enviarme. Dispón de mí según tu voluntad. Deseo y espero ser toda tuya. Jesús mío, a ti solo quiero, a ti y nada más.

El 14 de febrero de 1930 hizo sus votos temporales y el Señor le avisó de sufrimientos futuros. Estos vinieron durante ese mismo año. Las que vivían con ella conocieron la extraña enfermedad que la afectó y su repentina curación. Nadie, sin embargo, buscó una explicación en una prueba mística. Ella misma escribió más tarde: Nuestro Señor ya no venía en la sagrada comunión, de ahí las dudas crueles que surgieron en mi alma. Pensaba que nuestro Señor estaba disgustado conmigo. Notaba la presencia de mi ángel, es cierto, pero hasta él se mostraba como impasible, indiferente a las batallas que libraba en mi interior. Después vino la desoladora tristeza que tanto me hizo sufrir. Sentía un inmenso vacío en mi alma: la falta, la ausencia de mi Dios.

El 24 de febrero de 1933 ella se consagró perpetuamente al Señor con los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia. Retomó el trabajo de profesora en el colegio de San José de San Leopoldo. Las pequeñas a su cargo la rodeaban de cariño y ella las entendía y las quería como una madre.

Después de haber obtenido permiso de la Madre provincial, se declaró dispuesta a todo lo que Jesús se dignase pedirle. Su oblación fue aceptada y Jesús le dijo: Mi pequeña esposa, reservo duras pruebas para ti. El combate será grande. Dame almas y tu debilidad me glorificará. La Virgen María le aseguró que gozaría siempre de su auxilio y protección. El 29 de septiembre de 1935 la misma Virgen María le dijo: Soy la mediadora de todas las gracias. Dios acepta tus santos deseos como si fueran realidades.

Muy pronto vinieron los sufrimientos místicos de cuerpo y alma. Sufrió mucho. Era la noche del espíritu. Se le veía como avasallada por la angustia, aterrada por el dolor, afligida, sensible y, a veces, hasta irascible. Era un enigma para las hermanas. Uno de sus padecimientos más dolorosos era el peso de todos los pecados del mundo. Sentía el peso de estos pecados en su alma como si los hubiese cometido ella misma y esto la sumía en un abismo de tristeza, aunque ciertamente en algunos momentos, horas y hasta días disfrutaba, desaparecían las nubes y gozaba del amor y presencia de Dios. El domingo de Pascua de 1936 fue un día de gran paz. Con el permiso de su director espiritual se obligó a cumplir la voluntad de Dios en todas las acciones de su vida, incluso en las más pequeñas. La fórmula de esta promesa la encontraron entre sus escritos después de su muerte, es la siguiente:

Dios mío, hoy, día de tu gloriosa Resurrección, en este santo momento Eucarístico en que tú, gran Dios en toda tu gloria, bajas hasta mí, uniéndote tan íntimamente conmigo; yo, tu pequeña criatura, quiero presentarte mi mayor deseo. Ya que en la pequeña hostia blanca que he recibido en este momento, te recibo a ti. Dios mío, en tu presencia y en la de tu santa Madre, de mi ángel de la guarda, de mi santo padre san Francisco, de mis santos patronos san Antonio y santa Crescencia, del padre Eberschweiler y de toda la corte celestial, te ofrezco mi sagrado voto:

Dios mío, te prometo vivir, hasta el último momento de mi vida, cumpliendo tu santísima Voluntad, incluso en las acciones más pequeñas. Acepta esta oblación que hago, oh Dios, de las manos purísimas de tu santísima Madre, como prueba de mi gran amor y deseo de agradarte. Señor, desde, ahora concédeme la gracia de repetir incesantemente con el santo Apóstol: “No soy yo el que vivo, sino es Cristo quien vive en mí”, pues sea la santísima Voluntad de Dios la que esté actuando en su miserable criatura. Amén.

DESPOSORIO MÍSTICO

Un día después de la comunión fue arrebatada en éxtasis y escribió lo que pasó: *El Señor me cogió de la mano derecha y colocó un anillo en mi dedo anular. Entonces puso en el centro un diamante que refulgía como lo rayos del sol: era el Amor al Santísimo Sacramento. A la izquierda de este puso otro diamante igual, era el Amor a la Santa Cruz. A la derecha del diamante central puso otro: era el Amor a la santísima Voluntad de Dios. Entonces nuestro Señor dijo: “Mi pequeña esposa, te confío esta Alianza. Debes guardarla bien”. Esto fue todo. Exulté. No puedo expresar cuánto amaba aquellos tres diamantes: el símbolo de mis esponsales con mi Dios.*

Cuando nuestro Señor le aconsejó guardar bien el anillo, ella pensó para sí: “He de dárselo a la Rvda. Madre Laeta para que me lo guarde”.

Cuando volvió en sí se asustó porque no lo veía: ni en su dedo, ni en la cartera, ni en el bolso, ni en el suelo, donde lo buscó con ansiedad. Como tenía que atender a sus obligaciones con sus alumnas, solo le fue posible pedir una aclaración unas horas después. Lo hizo con lágrimas en los ojos, pensando que había perdido lo que Jesús le había confiado con tanto cariño. Al entender que el anillo no era algo material y que ese día iba a suponer una gran fiesta para ella, exclamó: “¿Gran fiesta? ¡Un gran susto es lo que ha sido!”. Se secaron sus lágrimas. Durante todo aquel día y todo el lunes de Pascua nuestro Señor le concedió el privilegio de percibir sensiblemente su divina presencia.

Estos periodos de tranquilidad eran raros y servían de preparación para los dolores más terribles. Nuestro Señor se dignó escoger a su sierva para compartir los sufrimientos de su Pasión y Muerte en la Cruz. Los sufrimientos de la hermana María Antonia servían como reparación por las persecuciones contra su santa Iglesia, ya como expiación por los ultrajes que Jesús sufre continuamente en la Santísima Eucaristía. Contribuirían a la salvación de los niños y de los soldados, y a la santidad del clero y los religiosos.

El infierno trabó un reñido combate con ella, intentando que dijera un “¡No quiero sufrir más!”. Sin embargo, la jaculatoria: “Jesús mío, aún te amo”, fue su continua promesa de fidelidad. Fue la suya una oración eficaz en favor de las almas en peligro, su grito de victoria contra los poderes infernales.

MISIÓN CUMPLIDA

Hacia finales de 1938 la hermana María Antonia enfermó gravemente. Supo por nuestro Señor que su misión estaba a punto de completarse. Sus combates interiores se acabaron. Llevó con paciencia edificante los crueles dolores y miserias de su enfermedad. Un año antes había renunciado voluntariamente a la “gran fiesta” de su última hora en la tierra, cuando sería llenada de alegría celestial por la presencia de Jesús, María, su ángel de la guarda y sus santos patronos. Había renunciado a todo esto, ofreciendo este sacrificio en holocausto por una intención especial.

Murió la noche del 24 de abril de 1939 en medio de sufrimientos de modo que murió a imagen de su esposo crucificado, bebió hasta la última gota del cáliz del dolor. En el velorio muchas de sus alumnas ponían notas de peticiones junto a su cadáver, considerando que había sido una santa y que ahora iba a interceder por todos desde el cielo.

El 25 de abril su ataúd, todo blanco, fue llevado al cementerio y las alumnas del colegio echaban flores sobre el ataúd antes de enterrarlo. La hermana María Antonia había cumplido la voluntad de Dios y había terminado su misión como alma-víctima por los pecadores. Ahora ya podía gozar de la felicidad eterna que Dios le había preparado en el cielo desde toda la eternidad. Ella sigue amándonos e intercediendo ante Dios por nosotros para obtenernos muchas bendiciones de Dios. Su ángel, que fue su compañero sensible durante 30 años, desde los 5 hasta los 35, nos hace pensar en nuestro ángel custodio para que no nos olvidemos de él, pues muchas bendiciones Dios nos dará solamente por medio del ángel y, si no creemos en él o no lo invocamos, nos privaremos de muchas bendiciones de Dios.

EL ÁNGEL MIGUEL

Ella dice: En 1918 papá se fue a Río y nosotros nos quedamos en Jaguarao. Sentí su ausencia, aunque ya tenía dieciocho años. Y declaro aquí con absoluta convicción que no hubiera sido capaz de soportar la ausencia y la nostalgia de mi padre de no ser porque en aquellos momentos sentía más vivamente la presencia de nuestro Señor y de mi nuevo amigo, el ángel.

Los primeros meses pasaron más o menos bien. En Río papá se hospedaba en un hotel. Mamá recibía cartas suyas con puntual regularidad. Entonces hubo un intervalo sin cartas. Finalmente recibimos un telegrama suyo, diciendo que estaba enfermo, pero que no nos preocupáramos. Ahora, a causa del episodio del fuego en la colonia militar, rezaba todas las noches después de que las luces se apagaran. Me levantaba y me ponía de rodillas al pie de la cama mientras rezaba el rosario a nuestra Señora, después un rosario con la oración: “Recuerda que a ti pertenezco” y otro con la oración al santo ángel del Señor, hasta que su santa mano, apoyándose sobre mi hombro, me anunciaba que ya era suficiente.

Así, invariablemente, se repetía la escena. Cuando comenzaba mi oración le pedía a mi nuevo amigo que fuera con papá. Mi santo y fidelísimo Amigo jamás se negaba ante esta petición de su amiguita. Cada noche iba a visitar a papá, mientras yo me quedaba rezando. Me anunciaba su retorno posando suavemente su mano sobre mi hombro. Solo entonces podía dormirme.

Esto es lo que le sucedió a papá. Una tarde regresaba al hotel y ya en el tranvía empezó a sentirse indispuesto. Al llegar al hotel le dijo al botones que se sentía mal y le pidió que llamara a un médico. Comenzaban a aparecer en Río de Janeiro los primeros casos de la llamada gripe española, hasta entonces

desconocida, y papá fue una de las primeras víctimas. Estaba a las puertas de la muerte.

Los telegramas de mamá eran respondidos por el botones. Durante muchos años papá no dejó de recordar y alabar la honradez, dedicación y fidelidad de este simple mozo de habitaciones, para el que mi padre era un perfecto extraño. Guardo hasta hoy su nombre en mi corazón: “Miguel”. No le conocí, pero estoy segura de que mi nuevo Amigo se sirvió de él. Y ahora veo con santa alegría que este buen mozo se llamaba Miguel, cosa que entonces no sabía, igual que mi nuevo amigo.

En aquella sección del hotel hubo veinticuatro muertos. Cuando esta terrible epidemia golpeaba con toda su fuerza, era difícil encontrar médicos y a los enfermeros se les pagaban enormes sumas por su trabajo durante la noche. Miguel acompañó a papá con más dedicación que un hijo. A papá nunca le faltó ni la más mínima cosa. Cuando el primer médico cayó enfermo, Miguel consiguió otro. Cuando este también cayó enfermo, Miguel trajo un tercero y un cuarto. ¡Cómo disfrutaba escuchando a papá alabar al buen Miguel!

Papá estuvo convaleciente varios meses. Ni siquiera podía sentarse en la cama sin ayuda, ¡pero Miguel estaba ahí! Cuando papá cogió algo de fuerza, ya fue capaz de bajar al jardín para que le diera el sol, y ahí estaba el brazo del nobilísimo Miguel para que papá se apoyara. Pido perdón al lector si me estoy extendiendo demasiado en describir todo lo que Miguel hizo por papá, pero es que siento un santo entusiasmo cuando hablo de aquel buen chico. Admiraba a aquella alma escogida y sentía un santo amor, un amor de gratitud y admiración en mi propia alma cada vez que papá me hablaba de él. Nunca vi a papá llorar, ni siquiera en la muerte de mi hermana Dilsa. Y, sin embargo, cada vez que le oía hablar de Miguel me parecía ver lágrimas brillando en sus ojos.

Cuando papá se restableció completamente y fue capaz de viajar, se preparó para venir a Jaguarao. Recuerdo bien cómo me lo contaba: “¡Aquel sencillito joven, de exterior tan humilde, escondía un gran alma, un corazón ideal y un carácter ejemplar! En mí, un viejo soldado que siempre peleó por conservar una conciencia pura y ennoblecer su carácter, su presencia siempre inspiró respeto y admiración. Miguel jamás aceptó una recompensa. Le dije que, aunque mi fortuna consistía en el modesto salario de oficial del ejército, podría permitirme darle cierta cantidad de dinero. Pero Miguel lo rechazó con llaneza”.

Papá, muy conmovido y deseando expresar su agradecimiento, se sacó el anillo del dedo y se lo ofreció a Miguel, pidiéndole que no lo rechazara. Fue en

vano. Miguel le dijo a papá: “Usted tiene familia. Ofrézcaselo a una de sus hijas, y me consideraré doblemente pagado”.

Esto fue lo que papá hizo nada más llegar a casa. Me llamó y me puso el anillo en el dedo, diciéndome: “Hija mía, quiero cumplir la voluntad del mejor amigo que he tenido jamás en este mundo, el hombre más honrado y noble que he conocido en mi vida”. Entonces, papá me relató las obras hermosas y ejemplares de Miguel, a quien, a pesar de no conocer, estimé de veras. Desde aquel día estuve convencida de que el buen Miguel ciertamente tenía alguna relación con mi nuevo amigo.

En este momento, al escribir estas páginas, estoy aún más convencida. Miguel se llamaba el buen chico, y hoy sé que mi nuevo amigo también se llama Miguel. Papá escribió muchas veces a Miguel, pero nunca tuvo la alegría de recibir contestación. Me dijo que, durante los largos paseos por el parque, Miguel se mostraba siempre muy reservado y discreto cuando se interesaba por él, intentando conocer algo de su familia, de sus recursos, de su vida... Papá no fue capaz de conocer más cosas del buen joven, aparte de su nombre. Cuando mi padre terminaba de contarme algo de Miguel, siempre añadía: “¡Alma escogida para grandes cosas!”⁴².

Según la hermana María Antonia (Cecy Cony en el mundo), Miguel, el supuesto botones del hotel, que atendió a su padre en el momento más grave de su vida, cuando estaba en peligro de muerte por la gripe española, era un ángel y casi seguro, que era su propio ángel, que en bilocación, podía estar pendiente de ella y de su padre al mismo tiempo. Por eso ella misma anota que su ángel se llamaba Miguel, al igual que el botones-ángel, que cuidaba a su padre. Y pensemos que en esos momentos de la epidemia mortal de la gripe, nadie quería atender a los enfermos, ni siquiera los propios familiares. Y en caso de hacerlo, los enfermeros y enfermeras, incluso los pocos médicos que los atendían, lo hacían (excepto algunos casos especiales y las religiosas católicas), cobrando mucho dinero, porque arriesgaban su vida al atender a estos enfermos. Precisamente Miguel, el que atendió a su padre en todo momento, lo atendió sin cobrar nada y estando a su servicio día y noche, como si no tuviera familia o no tuviera otras obligaciones que cumplir.

Este caso de un ángel que toma la figura de un ser humano desconocido para ayudar en momentos de dificultad ha ocurrido en distintas ocasiones en la vida de algunos santos.

⁴² Ib. pp. 155-158.

OTROS CASOS

Tenemos el caso de la sierva de Dios, Simi Cohen, de familia judía, que quiso hacerse católica y murió como una santa como religiosa agustina recoleta. Su proceso de canonización está en marcha. Tenía 16 años cuando se escapó de su casa en Gibraltar, donde su padre era el rabino de la comunidad judía, y se escapó a España para hacerse católica. La enviaron a la ciudad de Medina del campo con un arriero desconocido. Ella misma nos dice: Al empezar a caminar, el arriero y ella a caballo, se presentó un joven gallardo lleno de majestad. Al llegar a Casas Viejas ella se bajó del caballo y el joven desapareció. Ella lo buscó por todas partes con la vista para que comiera algo y no lo vio. Siguieron a Medina... Ella estaba agradecidísima por este favor de la compañía del joven en un gran trecho del camino. Tenía dudas de quién podría haber sido. Pero 64 años después. El día de Jueves Santo de 1881 tuvo un éxtasis y le dijo a sor Inés: Hija, me encuentro mal de salud. Por si ya no tengo confesor, a ti te confío que el Jueves Santo en el Oficio de Tinieblas vi junto a mí al joven que me acompañó en mi venida y le pregunté quién era y me contestó que era el ángel san Rafael ⁴³.

Otro caso. Se cuenta en la vida de San Camilo de Lellis que en la casa de Roma, un día a medianoche un joven llamó a los religiosos para que fueran a ayudar a un hombre que se estaba muriendo. El Superior envió al padre Jerónimo Quiarella y Juan Pascual. Por el camino el padre Jerónimo le preguntaba al joven sobre algunos detalles del moribundo, pero él apretaba el paso y no respondía, guardando distancia. Cuando ya estaban cerca de Tordinona, el joven se volvió y dijo: *Aquí arriba está el moribundo*, y les señaló una puerta abierta. Dicho esto, desapareció tan rápidamente de su vista que no lo vieron más.

Los religiosos, en otra habitación, encontraron una anciana que les dijo que nadie había ido a avisarles. Que el enfermo era un forastero que había venido a Roma a sus negocios y que el anciano, durante su enfermedad, no había sido visitado por nadie y les confirmó en la idea de que aquel joven no era otro que su ángel custodio ⁴⁴.

El padre Camilo de Lellis decía que en varios de sus viajes, acercándose la noche y estando en lugares peligrosos, llenos de nieve, o no conociendo el camino y, viéndose como perdido, recurría a la oración y le salía al encuentro alguno que le acompañaba por el camino justo. En ocasiones tuvo por seguro que aquellos no podían ser más que ángeles enviados desde el cielo en su ayuda ⁴⁵.

⁴³ Biografía de Simi Cohen escrita por su compañera de comunidad sor Inés del Corazón de María.

⁴⁴ Cicateli Sancio, *Vida del Padre Camilo*, Madrid, 2001, pp. 199-202.

⁴⁵ Ib. p. 350.

APÉNDICE

El padre Juan Bautista Reus (1868-1924)

Fue el director espiritual de la hermana Antonia cuando era capellán de su convento entre 1914 y 1923. Fue un sacerdote santo, nacido en Alemania, que vivió muchos años en Brasil donde murió. Tenía las llagas de Cristo y durante la misa veía a millones de santos y ángeles que asistían en unión con la Santísima Trinidad y la Virgen María y san José. Tuvo la gracia de ver también a su ángel custodio. El creía en los dones místicos de la hermana Antonia y la dirigía directamente a la santidad del matrimonio espiritual, el grado más alto de espiritualidad.

El 3 de mayo de 1939 el padre Reus vio en la misa a Jesús crucificado y a su lado a la hermana Antonia en un mar de luces rodeada de ángeles en actitud de oración. El Señor la llamaba su novia (noivinha). El padre Reus la invocaba y recibía muchas gracias por su intercesión. Recomendando leer sobre el padre Reus: *Autobiografía e Diario* en 5 volúmenes, Livraria e editora padre Reus, Porto Alegre. Y también el libro del padre Baumann, *Padre Reus*, grande biografía, Livraria e editora padre Reus, Porto Alegre (Brasil), 2017.

Veamos algunos dato de su Autobiografía (la citaremos con la letra A) sobre la visión de su ángel y de otros muchos ángeles.

EL PADRE REUS Y LOS ÁNGELES

El 27 de mayo de 1935, para ayudar a dar la comunión a los seminaristas, me fui a la sacristía y me preparé. Pedí a mi ángel de la guarda que no permitiese que me sucediese algo malo con el Santísimo Sacramento.

El 19 de abril de 1936 vi a mi ángel de la guarda parado en la puerta con gran esplendor, del mismo tamaño de la puerta. No era una ilusión sino una realidad ⁴⁶.

Hoy 23 de abril de 1937 en camino para celebrar la misa, le pedí a mi ángel de la guarda que tomase posesión de mí para que juntos amásemos al divino Salvador de la manera más correcta ⁴⁷.

⁴⁶ A (Autobiografía) 1748.

⁴⁷ A 1882.

El 2 de octubre de 1940 celebré la misa en honor del ángel de la guarda. Ya en la oración al pie del altar, mi ángel estaba visible a mi lado. Entonces vi a la Santísima Trinidad. Desde el altar hasta el trono de las tres divinas personas, vi una larga fila de ángeles. Cuando subí al altar, los ángeles me rodeaban.

El 29 de septiembre de 1941, en la comunión vi que estaba amparado por san Miguel arcángel y mi ángel custodio ⁴⁸.

El 2 de octubre de 1942, fiesta del ángel custodio, en la misa, después de la consagración vi un ángel acompañado de otros que ofrecía el santo sacrificio al Padre celestial, juntando sus peticiones con las peticiones del pobre sacerdote⁴⁹.

El 8 de octubre de 1942, el ángel que en la misa elevó (ofreció) mi corazón creo que fue el ángel de mi guarda. El sacerdote en el altar está constantemente rodeado de ángeles, porque debido a su función él también es un ángel. Por eso debe procurar serlo también en amor y pureza ⁵⁰.

El 2 de octubre de 1944, al rezar las oraciones finales de la misa al pie del altar, vi a la Santísima Trinidad delante de nuestro Señor y a mi ángel de la guarda que me recomendaba al Sagrado Corazón de Jesús y apuntaba hacia mí con la mano. Todos los días antes de la misa pido a mi ángel que me abrase en el fuego de su amor para que unidos amemos a Jesús ⁵¹.

El 24 de enero de 1943, en el rezo del Gloria, vi una gran multitud de ángeles que rezaban conmigo el Gloria. Y lo mismo el Credo. En el momento de “Se encarnó”, todos hicieron una profunda reverencia ⁵². Y alabaron en voz alta el misterio de la Encarnación.

El 10 de octubre de 1942 en la misa, cuando yo rezaba el Santo, Santo, Santo, vi una hilera de ángeles arrodillados delante de la Santísima Trinidad, a los cuales tuve que acompañar como sacerdote en el canto del Santo.

El 11 de julio de 1943, cuando yo profería las palabras sagradas: “Esto es mi Cuerpo”, presencié el descenso de Jesús sobre el altar. Muchos santos ángeles con lirios en las manos lo acompañaban a ambos lados.

⁴⁸ A 3585.

⁴⁹ A 4004.

⁵⁰ A 4010.

⁵¹ A 407.

⁵² A 4122.

El 17 de enero de 1943 en la misa vi a la Santísima Trinidad, a la querida Madre de Dios y a muchos santos y ángeles que me rodeaban en el altar ⁵³.

El 22 de marzo de 1939 vi a las tres personas divinas sobre el altar rodeadas de ángeles para indicar que también los ángeles están presentes en la misa. En el momento de la paz recibí un abrazo de cada una de las tres personas que me abrazaron a la vez ⁵⁴.

La gran dignidad del sacerdote era inculcada intensamente por la presencia perceptible de los ángeles y santos a la hora de la misa. A la hora del Gloria, una multitud de ángeles lo rezaba conmigo. Lo mismo al padrenuestro. Feliz debe ser el sacerdote, porque los ángeles le hacen compañía en la celebración de la misa ⁵⁵.

El 24 de julio de 1941 apenas subí al altar para celebrar la misa, vi dos ángeles que ponían una corona sobre mi cabeza. Eso se repitió varias veces en la misa delante de la Santísima Trinidad. Eso debe significar la gran dignidad que tiene el sacerdote, especialmente durante la misa, cuando él cumple su sublime función unido al Eterno y Sumo Sacerdote, Cristo Jesús ⁵⁶.

Otra prueba palpable de la identificación del sacerdote con Cristo es la presencia visible de la Virgen. Dice el 2 de abril de 1942: Después de la consagración, estaba de rodillas delante del Señor que me abrazaba. A un lado estaba la Virgen, que ponía las manos sobre mis hombros, teniendo una mantilla suspendida sobre mí. Esta visión duró toda la misa. La cariñosa madre recomendaba a nuestro Señor al sacerdote para una unión más estrecha con el divino Corazón.

El 8 de mayo de 1943, en el momento en que iba a celebrar la misa, me acompañó el arcángel san Miguel, estando a mi izquierda, y allí estuvo durante toda la misa, mientras una multitud de ángeles estaba presente en dos filas que llegaban hasta el trono de Dios... El sacerdote en medio de los ángeles está revestido de mayor poder, porque desciende hasta él el amantísimo Señor de los ángeles ⁵⁷.

Un día, terminada la misa y la acción de gracias, dejé la capilla sin sospechar nada. Al llegar al gran corredor, observé que se hallaba ocupado por ángeles que a derecha e izquierda formaban filas para que pudiese pasar. El

⁵³ A 4111,

⁵⁴ A 2586.

⁵⁵ Diario 3 de septiembre de 1939.

⁵⁶ A 3517.

⁵⁷ A 332.

Señor me hizo conocer su voluntad de que relatase esto para probarnos cuán grande honor concede al sacerdote al punto que los mismos ángeles le muestran su aprecio declarándose dispuestos a mostrarlo por obra ⁵⁸.

El 6 de julio de 1942, después de la consagración, vi nacer de mi corazón un lirio que se abrió. Al mismo tiempo percibí a la Santísima Trinidad que, comenzaba entrar en ese lirio. Es ciertamente la pureza de corazón lo que tanto agrada a la Santísima Trinidad, especialmente la pureza del sacerdote. Después de la comunión, vi de nuevo salir el lirio de mi corazón, pero dentro de él ardía una llama de amor ⁵⁹.

CONCLUSIÓN

Después de haber disfrutado de la lectura de las anécdotas que la hermana Antonia nos ha dado conocer de su vida personal, podemos pensar que nosotros también tenemos un ángel custodio que, desde el primer momento de nuestra existencia, nos acompaña hasta que entremos gloriosos en el cielo. Incluso en el purgatorio estará a nuestro lado para darnos paciencia, fortaleza y esperanza, hasta el momento feliz de nuestra entrada en el cielo para disfrutar de la plenitud del amor y de la felicidad, en compañía, no solo de Jesús, del Padre y del Espíritu Santo, sino también de María, nuestra madre, y de todos los santos y ángeles.

Tener un ángel que nos cuida es una realidad que la Iglesia nos enseña como dogma de fe y de la que no podemos dudar. Ciertamente que en estos tiempos en que vivimos con tanta incredulidad, hay muchos, incluso católicos, que no creen en el ángel custodio. Lamentablemente esto hace que ellos se pierdan muchísimas bendiciones que Dios les quiere dar por medio de su ángel. Por eso, reafirmemos nuestra fe en los ángeles y santos del cielo. Nuestro mundo terrenal está en comunicación permanente con los que viven en el cielo. No son dos mundos separados e impenetrables totalmente el uno al otro. No. Los santos y ángeles, como María nuestra Madre y el mismo Dios, están a nuestro lado y nos ayudan en nuestro caminar por la vida para evitar errores y pecados, y para crecer cada día en amor y santidad.

Tratemos de pedir con frecuencia la intercesión de los santos. Invoquemos con frecuencia a nuestro ángel, pidiéndole ayuda. No nos olvidemos que está a nuestro lado día y noche. Él reza por nosotros y nos inspira buenas acciones. No le demos disgustos con nuestros pecados. Leamos la vida de algunos santos, que tuvieron la dicha como Antonia de ver a su ángel. Pidamos a nuestro ángel que,

⁵⁸ A 232.

⁵⁹ A 3907.

